

Libros de sangre

Volumen 4

Clive Barker

Traducción:
M.^a Pilar San Román



Para Dave

Índice

En persona	9
Los niños de Babel	75
La vida de la Muerte	113
Cómo se desangran los expoliadores	157
Crepúsculo en las torres	197
La última ilusión	239
El libro de sangre (un post scríptum)	307

En persona

Cuando Cleveland Smith regresó a su celda tras la entrevista con el responsable de la galería, su nuevo compañero de litera ya se había instalado y estaba mirando la luz del sol plagada de motas de polvo que entraba por la ventana de cristal reforzado. Era un espectáculo fugaz; cada tarde, durante menos de media hora (si las nubes lo permitían), el sol se colaba entre el muro y el edificio de oficinas y se arrastraba por el costado del ala B, y ya no volvía a dejarse ver hasta el día siguiente.

—¿Eres Tait? —le preguntó Cleve.

El prisionero apartó la mirada del sol. Mayflower había dicho que el nuevo tenía veintidós años, pero Tait aparentaba cinco años menos. Tenía la misma cara que un perro extraviado. Un perro feo, además; un perro al que sus dueños habían abandonado porque se habían cansado de él. Con los ojos demasiado abiertos, la boca demasiado blanda, los brazos demasiado delgados: una víctima nata. Cleve estaba enfadado porque le habían endosado al chico. Tait era un estorbo, y a él no le sobraban las energías como para que pudiera dedicarse a proteger al chaval, a pesar de la arenga de Mayflower sobre que tenía que ofrecerle una mano amiga.

—Sí —contestó el perro—. William.

—¿Te llaman William?

—No. Me llaman Billy.

—Billy.

Cleve le saludó con la cabeza y entró en la celda. El régimen en la prisión de Pentonville no era demasiado estricto; las celdas

permanecían abiertas dos horas durante la mañana, y con bastante frecuencia, otras dos por la tarde, lo que permitía a los reclusos disfrutar de una cierta libertad de movimientos. No obstante, ese sistema también tenía sus inconvenientes, y ese era el motivo de la charla que había tenido con Mayflower.

—Me han pedido que te diera algunos consejos.

—Vaya —dijo el chico.

—¿Has cumplido condena anteriormente?

—No.

—¿Ni siquiera has estado en un reformatorio?

Billy apartó la mirada.

—Estuve, pero poco tiempo.

—Así que ya sabes cómo son las cosas. Sabes que eres carne fácil.

—Claro.

—Al parecer, me han designado voluntario —le dijo Cleve de mala gana— para evitar que sufras cualquier daño.

Billy clavó en Cleve sus ojos, de un azul lechoso, como si el sol siguiera estando en ellos.

—No te molestes. No me debes nada —le dijo.

—Tienes más razón que un santo. Pero parece ser que tengo una responsabilidad social —repuso Cleve con amargura—, que eres tú.

Cleve ya había cumplido dos meses de su condena por tráfico de marihuana en la que era su tercera visita a la cárcel de Pentonville. A sus treinta años, estaba lejos de estar acabado. Era robusto y tenía un rostro delgado y distinguido; a diez metros y con el traje que se ponía para ir al juzgado, podría haber pasado por uno de los abogados. Si uno se acercaba más, se podía percibir la cicatriz que tenía en el cuello, producto de un ataque de un adicto sin blanca, y una cierta precaución en su manera de andar, como si cada vez que daba un paso, estuviera intentando mantener abiertas las puertas para una retirada rápida.

«Todavía eres joven y estás a tiempo de cambiar», le había dicho el último juez. Cleve no había expresado su desacuerdo en voz alta, pero sabía en lo más profundo de su ser que, igual que un leopardo no puede alterar sus manchas, él también había nacido

así y no iba a poder cambiar. La vida delictiva era cómoda; el trabajo no. Mientras no le demostraran lo contrario, él seguiría haciendo lo que mejor se le daba, y asumiría las consecuencias si lo pillaban. Cumplir condena no era algo tan desagradable, siempre que mantuvieras la actitud apropiada. El rancho era comestible y la compañía selecta; y le bastaba con tener algo con lo que mantener ocupada su mente para sentirse suficientemente satisfecho. Esos días estaba leyendo sobre el pecado. Eso sí que era un buen tema. En el pasado, había oído muchas explicaciones de cómo había surgido el pecado en el mundo, expuestas por supervisores de libertad condicional, abogados y sacerdotes. Teorías sociológicas, teológicas e ideológicas. Algunas se merecían unos pocos minutos de reflexión. La mayoría eran tan absurdas (se está en pecado desde el momento de la concepción; el pecado es la causa de que los hombres perdieran su estado original) que Cleve se les reía en la cara a sus defensores. Todas acababan cayéndose por su propio peso.

Sin embargo, era un buen hueso que roer. Necesitaba un problema con el que llenar los días; y también las noches, ya que cuando estaba en prisión no dormía bien. Y no era su sentimiento de culpabilidad lo que le impedía conciliar el sueño, sino el de los demás. Después de todo, él no era más que un traficante de marihuana, que vendía a quienes se lo pedían: un engranaje insignificante en la maquinaria consumista; no había nada por lo que debiera sentirse culpable. Pero en la cárcel había otros, y al parecer muchos otros, cuyos sueños no eran tan benévolos y cuyas noches no eran tan tranquilas. Gritaban, se lamentaban; maldecían a los jueces terrenales y a los celestiales. El alboroto era tal que podía haber despertado a los muertos.

—¿Siempre es así? —le preguntó Billy a Cleve cuando llevaba allí alrededor de una semana.

Un recluso recién llegado estaba armando un buen alboroto en su galería: tan pronto lloraba como profería obscenidades.

—Sí. La mayor parte del tiempo —le contestó Cleve—. Algunos necesitan gritar un poco. Evita que se les atrofie el cerebro.

—No es tu caso —señaló la áspera voz proveniente de la litera inferior—. Tú lees tus libros y no te metes en líos. Te he estado observando. A ti no te molesta, ¿verdad?

—Puedo soportarlo —repuso Cleve—. No tengo una mujer que venga aquí todas las semanas y me recuerde lo que me estoy perdiendo.

—¿Ya habías estado antes en la cárcel?

—Dos veces.

El muchacho vaciló un instante antes de continuar:

—Supongo que sabes cómo desenvolverte en este lugar, ¿verdad?

—Bueno, no es que esté escribiendo un manual, pero a estas alturas ya me he hecho una composición general. —Le parecía extraño que el muchacho hubiera hecho ese comentario—. ¿Por qué?

—Curiosidad, nada más —contestó Billy.

—¿Tienes alguna pregunta?

El chico tardó unos segundos en contestar, y luego le dijo:

—He oído que aquí... aquí se ahorcaba.

Lo último que se había esperado Cleve era que el chico saliera con eso. Aunque bueno, hacía ya varios días que había decidido que Billy Tait era un tipo extraño. Las furtivas miradas de reojo de esos ojos azul lechoso; la forma en que observaba fijamente la pared y la ventana, igual que un detective que busca pistas desesperadamente en la escena de un crimen.

—Creo que había un cobertizo donde se ahorcaba —le contestó Cleve.

De nuevo se hizo el silencio; y a continuación llegó otra pregunta, que el chico dejó caer con toda la indiferencia que fue capaz de reunir:

—¿Sigue en pie?

—¿El patíbulo? No lo sé. Aquí ya no se cuelga a la gente, Billy, ¿o es que no te lo han dicho? —No le llegó respuesta alguna desde la litera inferior—. Y de todas maneras, ¿a ti qué más te da?

—Es que soy algo curioso.

En eso Billy tenía razón: era una persona curiosa. Era tan raro, con sus miradas distraídas y su forma de ser solitaria, que la mayoría de los hombres se mantenían a distancia. Lowell fue el único que se interesó por él, y sus motivos para ello no dejaban lugar a dudas.

—¿Me prestas a tu chica esta tarde? —le preguntó a Cleve mientras esperaban en la cola del desayuno.

Billy, que lo había oído, no dijo nada. Cleve tampoco abrió la boca.

—¿Me oyes? Te he hecho una pregunta.

—Te he oído. Déjalo en paz.

—Hay que compartir —repuso Lowell—. Puedo hacerte algunos favores. Ya se nos ocurrirá algo.

—No está disponible.

—Bueno, ¿y qué tal si se lo pregunto a él? —dijo Lowell, sonriendo por entre su barba—. ¿Tú que dices, cariño?

Billy se volvió a mirar a Lowell.

—Digo que no, gracias.

—No, gracias —repitió Lowell, y lanzó a Cleve una segunda sonrisa, con bastante poca jovialidad—. Lo tienes bien amaestrado. ¿También ha aprendido a sentarse y a levantar las patitas?

—Lárgate, Lowell —le espetó Cleve—. No está disponible y no hay más que hablar.

—No puedes mantenerlo vigilado en todo momento —señaló Lowell—. Más tarde o más temprano tendrá que levantarse y andar por su cuenta. A menos que prefiera quedarse de rodillas.

La insinuación se ganó una risotada de Nayler, el compañero de celda de Lowell. Los dos eran hombres a los que Cleve hubiera evitado en una pelea de todos contra todos, pero puesto que sus dotes como fanfarrón estaban pulidas al máximo, echó mano de las mismas.

—Tú no quieres líos —le dijo a Lowell—, la barba solo te puede tapar un número limitado de cicatrices.

Lowell miró a Cleve, ya sin jovialidad alguna. Era evidente que no era capaz de distinguir entre la verdad y un farol, y era igualmente evidente que no estaba dispuesto a arriesgar su reputación.

—Ándate con cuidado —se limitó a decir.

No mencionaron el encuentro del desayuno hasta esa noche, cuando las luces ya habían sido apagadas. Fue Billy quien sacó a colación el tema.

—No deberías haberlo hecho —le dijo—. Lowell es un hijo de puta de cuidado. He oído lo que se cuenta de él.

—Quieres que te violen, ¿es eso?

—No —le respondió Billy al momento—. Claro que no. Tengo que estar en buenas condiciones físicas.

—Como Lowell te ponga las manos encima, no estarás en condiciones de nada.

Billy salió de la litera y se situó en mitad de la celda; en la penumbra, casi no se le veía.

—Supongo que quieres algo a cambio —le dijo.

Cleve volvió la cabeza sobre la almohada y miró la silueta borrosa que tenía a un metro de él.

—¿Qué tienes que me pueda interesar, chaval? —le preguntó.

—Lo mismo que quería Lowell.

—¿Te piensas que ese es el motivo de que me haya encarado con él? ¿Que te estaba reclamando para mí?

—Sí.

—Tal como tú has dicho: no, gracias.

Cleve se dio de nuevo media vuelta y se quedó de cara a la pared.

—No era mi intención...

—Me trae sin cuidado cuál era tu intención. Lo único que quiero es no volver a oír hablar del tema, ¿vale? Mantente lejos de Lowell y deja de darme el coñazo.

—Oye —musitó Billy—, no te pongas así, por favor. Por favor. Eres el único amigo que tengo.

—Yo no soy amigo de nadie —le dijo Cleve hablando hacia la pared—. Y no quiero problemas. ¿Lo entiendes?

—No quieres problemas —repitió el muchacho con lengua torpe.

—Eso es. Y ahora... necesito dormir para poder levantarme fresco como una rosa.

Billy no dijo nada más, sino que se limitó a volver a la litera inferior y se acostó con un crujido de muelles. Cleve siguió tumbado en silencio, dándole vueltas a la conversación en la cabeza. No le apetecía en absoluto ponerle al chico la mano encima, pero era posible que lo hubiera expresado con demasiada aspereza. Bueno, ya no había nada que hacer.

Oyó cómo debajo de él Billy estaba murmurando para sí mismo, de manera casi inaudible. Aguzó el oído intentando entender lo que

el chico estaba musitando. Escuchó con toda su atención durante varios segundos antes de darse cuenta de que el muchacho estaba diciendo sus oraciones.

Esa noche, Cleve tuvo un sueño. Por la mañana no consiguió recordar qué es lo que había soñado, aunque mientras se duchaba y afeitaba, le fueron volviendo a la cabeza algunos sugerentes detalles. A lo largo de esa mañana, apenas transcurrieron diez minutos sin que tuviera la impresión de que algo (la sal volcada en la mesa del desayuno o los gritos en el patio) le iba a hacer recordar el sueño: pero la revelación no llegó. Eso le dejó más tenso y de peor humor de lo que era habitual en él. Cuando Wesley, un falsificador de poca monta a quien conocía de sus anteriores vacaciones en el lugar, se le acercó en la biblioteca y le empezó a hablar como si fueran amigos del alma, Cleve le dijo que cerrara el pico. Pero el tipejo insistió en hablar con él.

—Estás en un lío.

—¿Y eso?

—Ese chico que está contigo. Billy.

—¿Qué pasa con él?

—Está haciendo preguntas. Se está poniendo pesado y a la gente eso no le gusta. Dicen que deberías controlarle.

—No soy su guardián.

Wesley hizo una mueca.

—Te estoy advirtiendo, como amigo.

—Ahórramelo.

—No seas tonto, Cleveland. Te estás creando enemigos.

—Vaya. Dime uno.

—Lowell —le contestó Wesley veloz como un rayo—. Y también Nayler. Y otros muchos. No les gusta cómo es Tait.

—¿Y cómo es? —le contestó Cleve secamente.

Wesley dejó escapar un débil gruñido de protesta.

—Eso es lo que estoy intentando decirte. Es astuto. Como una jodida rata. Vamos a tener problemas.

—Ahórrame las profecías.

Las leyes estadísticas obligan a que incluso el peor profeta acierte alguna vez, y al parecer, esa era la vez en la que le tocaba acertar a Wesley. Al día siguiente, cuando volvía del taller donde había estado ejercitando su intelecto montando ruedas en coches de plástico, Cleve se encontró a Mayflower esperándolo en la galería.

—Smith, te pedí que te ocuparas de William Tait —le dijo el funcionario—. ¿No te importa una mierda, verdad?

—¿Qué ha pasado?

—No, supongo que no te importa.

—Le he preguntado que qué ha pasado.

—Nada grave. Esta vez. Le han dado una paliza, nada más. Parece ser que Lowell se ha encaprichado de él. ¿Tengo razón? —Mayflower observó con atención a Cleve, y al no obtener respuesta continuó—: Me equivoqué contigo, Smith. Pensé que bajo tu apariencia de tipo duro había algo a lo que merecía la pena apelar. Ha sido fallo mío.

Billy estaba tumbado en la litera, con el rostro amoratado y los ojos cerrados. No los abrió cuando Cleve entró.

—¿Estás bien?

—Claro —le contestó el chico en voz baja.

—¿No tienes ningún hueso roto?

—Sobreviviré.

—Tienes que entender...

—¡Escúchame! —Billy abrió los ojos. Sus pupilas parecían haberse oscurecido un poco, aunque podía ser que a Cleve le estuviera engañando la luz—. Estoy vivo, ¿vale? Y sabes que no soy idiota. Cuando vine aquí sabía en lo que me estaba metiendo. —Hablaba como si hubiera tenido elección—. Puedo aguantar lo de Lowell —continuó—, así que no te preocupes. —Hizo una pausa, y luego dijo—: Tenías razón.

—¿En qué?

—En lo de no tener amigos. Estoy solo, y tú también, ¿verdad? Me cuesta aprender, pero ya estoy cogiéndole el tranquillo.

El chico sonrió para sí mismo.

—Has estado haciendo preguntas —le dijo Cleve.

—¿Ah, sí? —le contestó Billy con cierta brusquedad—. ¿Quién ha dicho eso?

—Si tienes preguntas, házmelas a mí. A la gente no le gustan los entrometidos. Recelan de ellos. Y eso les hace mirar para otro lado cuando Lowell y los de su calaña se ponen violentos.

Al oír mencionar a Lowell, en el rostro de Billy apareció una mueca de dolor, y el chico se llevó la mano a la mejilla amoratada.

—Es hombre muerto —murmuró el muchacho, casi para sí mismo.

—Podiera ser —observó Cleve.

Billy le lanzó una mirada fría como el acero.

—Lo digo en serio —dijo, sin el menor indicio de incertidumbre en la voz—. Lowell no saldrá vivo.

Cleve no hizo ningún comentario; al chico le hacía falta esa exhibición de bravuconería, por ridícula que fuera.

—¿Qué es lo que quieres saber, que vas por ahí figoneando?

—Poca cosa —le contestó Billy. Ya no estaba mirando a Cleve, sino a la litera de encima—. Solo quería saber dónde estaban las tumbas, nada más —le dijo quedamente.

—¿Las tumbas?

—En las que enterraban a los hombres que ahorcaban. Alguien me dijo que donde Crippen está enterrado hay un rosal. ¿Lo habías oído alguna vez?

Cleve movió la cabeza negativamente. Solo entonces recordó que el chico le había estado preguntando por el patíbulo; y ahora salía con lo de las tumbas. Billy levantó la mirada hacia él. El aspecto del hematoma estaba empeorando rápidamente.

—¿Sabes dónde están, Cleve? —le preguntó, con la misma fingida indiferencia de la vez anterior.

—Podría averiguarlo, si tuvieras la amabilidad de explicarme por qué quieres saberlo.

Billy observó la celda desde el refugio de su litera. La luz del sol de la tarde estaba describiendo su corto arco sobre los ladrillos pintados de la pared de la celda, aunque ese día era bastante débil. El chico deslizó las piernas fuera de la litera y se sentó en el borde del colchón, con los ojos clavados en ella igual que el primer día.

—A mi abuelo... bueno, al padre de mi madre, lo ahorcaron aquí —dijo con voz ronca—. En 1937. Edgar Tait. Edgar Saint Clair Tait.

—¿No has dicho el padre de tu madre?

—Tomé su nombre. No quería llamarme como mi padre. Nunca le pertencí.

—Nadie pertenece a nadie —repuso Cleve—. Cada uno es su propio dueño.

—Eso no es cierto —dijo Billy con un ligero encogimiento de hombros y sin apartar la mirada de la luz de la pared. Su certidumbre era irrefutable; la suavidad con la que hablaba no menoscababa la autoridad de la afirmación—. Yo sí que pertenezco a mi abuelo. Siempre le he pertenecido.

—Ni siquiera habías nacido cuando fue...

—Eso no importa. Ir y venir; eso no es nada.

Ir y venir. ¿Se estaría refiriendo Tait a la vida y la muerte?, se preguntó Cleve desconcertado. No tuvo oportunidad de preguntar. Billy ya estaba hablando de nuevo, y sus palabras fluían otra vez, contenidas pero pertinaces.

—Está claro que era culpable. No como ellos pensaban, pero era culpable. Él sabía lo que era y de lo que era capaz; eso es culpabilidad, ¿verdad? Mató a cuatro personas, o al menos, por eso es por lo que lo colgaron.

—¿Quieres decir que mató a más?

Billy volvió a encogerse ligeramente de hombros: al parecer, las cifras no importaban.

—Pero nadie vino a ver el lugar donde lo habían enterrado. Eso no está bien, ¿verdad que no? Supongo que no les importaba. Es probable que toda la familia se alegrara de que ya no estuviera aquí. Que pensarán que desde un principio había estado mal de la cabeza. Pero no lo estaba. Sé que no lo estaba. Yo tengo sus mismas manos, y sus ojos. Eso es lo que decía mi madre. Ya ves, me contó todo sobre él, justo antes de morir. Me contó cosas que nunca antes le había contado a nadie, y solo me las contó a mí por mis ojos... —vaciló, y se llevó la mano a la boca, como si, hechizado por la fluctuante luz que caía sobre la pared de ladrillos, hubiera hablado demasiado.

—¿Qué es lo que te contó tu madre? —le preguntó Cleve para obligarle a continuar.

Billy pareció sopesar varias respuestas alternativas antes de ofrecerle una.

—Solo que él y yo nos parecíamos en algunos aspectos —le dijo.

—¿En lo de estar locos, quieres decir? —le preguntó Cleve, solo medio en broma.

—Algo así —repuso Billy, con los ojos todavía fijos en la pared. Suspiró, y luego se permitió una nueva confesión—: Por eso vine aquí. Para que mi abuelo supiera que no había sido olvidado.

—¿Que viniste aquí? ¿Qué estás diciendo? Te pillaron y te condenaron. No tuviste elección.

La luz que caía sobre la pared se extinguió cuando una nube pasó por delante del sol. Billy levantó la mirada hacia Cleve. La luz estaba allí, en sus ojos.

—Cometí un delito para venir aquí —repuso el muchacho—. Fue un acto deliberado.

Cleve sacudió la cabeza. Era una afirmación descabellada.

—Ya lo intenté antes, dos veces. Me ha llevado tiempo, pero he conseguido llegar aquí, ¿o no?

—No me tomes por tonto, Billy —le advirtió Cleve.

—No te tomo —repuso el chico. Entonces se puso de pie. Parecía como si al contar la historia se hubiera quitado un cierto peso de encima; incluso sonrió, aunque tímidamente, al decirle—: Tú te has portado bien conmigo. No pienses que no me doy cuenta. Soy una persona agradecida. Bueno... —se giró hacia Cleve antes de continuar— quiero saber dónde están las tumbas. Averígualo y no volveré a decir ni pío, te lo prometo.

Cleve apenas sabía nada ni de la prisión ni de su historia, pero conocía a alguien que sí que sabía mucho. Había un hombre apellidado Bishop¹ (tan conocido entre los reclusos que su nombre había adquirido el artículo definido) que con frecuencia coincidía con Cleve en el taller. El Obispo había pasado gran parte de sus cuarenta y pico años de vida entrando y saliendo de la cárcel, en la mayor parte de los casos por delitos menores, y con el mismo fatalismo de un hombre con una sola pierna que pasara su vida dedicado a estudiar el «síndrome de la sirena», se había convertido en un experto en prisiones y en el sistema penitenciario. Muy poca

¹ N. de la T.: La palabra inglesa «bishop» quiere decir 'obispo'.

de esa información provenía de los libros. La mayor parte de sus conocimientos habían sido recabados de carceleros y presos veteranos a los que les gustaba hablar para matar el tiempo, y poco a poco, se había ido convirtiendo en una enciclopedia viviente del crimen y el castigo. Había hecho de ello su medio de vida, y vendía por frases todo ese conocimiento que con tanto esmero había ido acumulando; a veces en forma de información geográfica para el preso que quería fugarse, otras veces, en forma de mitología de la prisión para el convicto carente de dios en busca de una divinidad local. Cleve fue en su búsqueda y fijaron un precio en forma de tabaco y pagarés.

—¿En qué puedo ayudarte? —le preguntó el Obispo.

Era corpulento, pero su aspecto era saludable. Los extremadamente delgados cigarrillos que liaba y fumaba sin parar quedaban empequeñecidos por sus dedos de carnicero, manchados de sepia por la nicotina.

—Quiero información sobre las ejecuciones en la horca que hubo aquí.

El Obispo sonrió.

—Son unas historias estupendas —le dijo, y empezó a contar.

La información de Billy era correcta en líneas generales. En Pentonville habían tenido lugar ahorcamientos hasta mediados de siglo, pero el cobertizo donde estaba el patíbulo había sido demolido hacía mucho tiempo. En ese lugar era donde se alzaba la Oficina de Libertad Condicional que había en el ala B. En cuanto a la historia de las rosas de Crippen, también era cierta. Delante de un cobertizo que había en los jardines, y que, según le informó el Obispo a Cleve, era donde se almacenaban las herramientas de jardinería, había una pequeña zona con césped, en mitad de la cual crecía un rosal, que había sido plantado (llegado a ese punto, el Obispo confesó que no sabía con certeza qué es lo que era real y qué es lo que era ficción) en memoria del Doctor Crippen, ahorcado en 1910.

—¿Es ahí donde están las tumbas? —le preguntó Cleve.

—No, no —replicó el Obispo, reduciendo a cenizas de una sola calada la mitad de uno de sus diminutos cigarrillos—. Las tumbas están junto al muro, detrás del cobertizo, a la izquierda. Hay una larga extensión de césped, seguro que la has visto.

—¿Sin lápidas?

—Por supuesto. Las tumbas nunca han tenido nombres. Solo el director de la prisión sabe quién está enterrado dónde; y es probable que haya perdido los planos. —El Obispo hurgó en el bolsillo del pecho de la camisa reglamentaria en busca de su lata de tabaco y empezó a liar otro cigarrillo; estaba tan acostumbrado a ello que apenas bajó la vista para mirar lo que estaba haciendo—. No se permite que nadie venga a llorar ante las tumbas. Ojos que no ven, corazón que no siente: esa es la idea. Pero por supuesto, las cosas no funcionan así, ¿verdad que no? La gente olvida a los primeros ministros, pero recuerda a los asesinos. Cuando caminas por ese césped, a solo un par de metros por debajo de ti, tienes a algunos de los criminales más célebres de entre todos los que han honrado con su presencia este mundo verde y apacible. Y no hay siquiera una cruz que señale el lugar. ¿A que es un crimen?

—¿Sabes quiénes están enterrados allí?

—Algunos caballeros muy malos —le contestó el Obispo, como si los estuviera amonestando cariñosamente por su mala conducta.

—¿Has oído hablar de un hombre llamado Edgar Tait?

Bishop enarcó las cejas; las arrugas surcaron su frente sebosa.

—¿Saint Tait? Claro que sí, no es fácil olvidarlo.

—¿Qué es lo que sabes de él?

—Mató a su mujer, y luego a sus hijos. Los acuchilló a todos, tal como te lo cuento.

—¿A todos?

El Obispo se llevó a sus gruesos labios el cigarrillo que acababa de liar.

—Puede que no a todos —le dijo, entrecerrando los ojos mientras intentaba recordar los detalles concretos—. Es posible que sobreviviera uno. Puede que una hija, creo. —Se encogió de hombros como quitándole importancia al asunto—. No se me da muy bien lo de acordarme de las víctimas. Pero, ¿acaso hay alguien a quien se le dé bien? —Entonces fijó sobre Cleve sus ojos imperturbables—. ¿Por qué estás tan interesado en Tait? Lo colgaron antes de la guerra.

—En 1937. Ya no quedará ni rastro de él, ¿verdad?

El Obispo levantó un admonitorio dedo índice.

—No te creas —le dijo—. Resulta que la tierra sobre la que está construida esta prisión tiene propiedades especiales. Los cuerpos

que son enterrados aquí no se descomponen igual que los que están en cualquier otro sitio. —Cleve le lanzó al Obispo una mirada de incredulidad—. Es cierto —le aseguró tranquilamente el rollizo hombre—. Lo sé de una fuente fidedigna. Créeme, siempre que han exhumado un cuerpo de los enterrados en esa parcela lo han encontrado en un estado casi perfecto. —Hizo una pausa para encender su cigarrillo, y le dio una calada, exhalando el humo por la boca junto a sus siguientes palabras—: Cuando tengamos encima de nosotros el fin del mundo, los hombres virtuosos de Marylebone y Camden Town se levantarán y no serán más que huesos y podredumbre. ¿Y los malvados? Ellos acudirán bailando al Juicio Final, tan frescos como el día en que cayeron muertos. Imagínatelo. —Era evidente que disfrutaba al pensar en una posibilidad tan aviesa. El regocijo hizo que su rostro regordete se llenara de arrugas y hoyuelos—. Ah, ¿y quién llamará a quién corrupto en esa mañana maravillosa? —se preguntó.

Cleve no llegó a averiguar nunca exactamente cómo consiguió Billy ser incluido en el grupo de reclusos asignados a las tareas de jardinería, pero lo logró. Es posible que se lo solicitara directamente a Mayflower, y que este convenciera a sus superiores de que podían dejar salir al chico al aire libre con total confianza; pero independientemente de cómo realizara la maniobra, a mediados de la semana siguiente a aquella en la que Cleve averiguó la ubicación de las tumbas, Billy ya estaba cortando el césped en el exterior en la fría mañana de abril.

Lo que sucedió ese día se filtró vía radio macuto durante el tiempo de ocio de los reclusos. A Cleve le llegó la historia de tres fuentes distintas, ninguna de las cuales había sido testigo directo de los hechos. Los relatos presentaban distintos matices, pero estaba claro que coincidían en lo esencial. Los hechos fundamentales eran los siguientes:

El equipo asignado a los trabajos de jardinería, compuesto por cuatro hombres supervisados por un único funcionario de la prisión, estaba trajinando por entre los bloques, cortando el césped y arrancando las malas hierbas que crecían en los arriates, preparando el terreno para cuando se empezara a plantar en

primavera. Al parecer, la vigilancia no era demasiado estricta. Pasaron dos o tres minutos antes de que el guarda se diera cuenta de que uno de los hombres a su cargo se había ido desplazando hacia la periferia del grupo y luego se había escabullido. Se dio la alarma. Sin embargo, los funcionarios de la prisión no tuvieron que buscar lejos. Billy no había intentado escapar, o si lo había hecho, la intentona había sido frustrada por un ataque de algún tipo, que lo había dejado incapacitado. Lo habían encontrado (y a partir de este punto los historias diferían considerablemente) sobre una amplia extensión de césped situada junto al muro, tumbado sobre la hierba. Algunos de los informantes mantenían que tenía la cara amoratada, el cuerpo hecho un ovillo y la lengua casi arrancada a mordiscos; otros, que había sido encontrado tumbado boca abajo, hablándole a la tierra, llorando y suplicando. Había consenso en que el chico había perdido el juicio.

Los rumores hicieron de Cleve el centro de atención, una situación que para nada era de su agrado. Durante el siguiente día, rara vez lo dejaron en paz: los hombres querían saber cómo era compartir celda con un lunático. Él insistía en que no tenía nada que contar. Tait había sido el perfecto compañero de celda: tranquilo, condescendiente e indiscutiblemente cuerdo. Le contó a Mayflower esa misma historia cuando fue interrogado al día siguiente; y más adelante, al médico de la prisión. Del interés de Billy hacia las tumbas no dijo ni mu, y se aseguró de hablar con el Obispo para pedirle que él también guardara silencio al respecto. El hombre estuvo dispuesto a complacerle siempre que, a su debido tiempo, le fuera contada toda la historia. Cleve prometió hacerlo. El Obispo, tal como correspondía a su clericalo ficticio, se mantuvo fiel a su palabra.

Billy no apareció por el redil durante dos días. En el ínterin, Mayflower desapareció de su puesto como responsable de la galería sin que se ofreciera ninguna explicación al respecto. Su lugar fue ocupado por un hombre llamado Devlin, que fue transferido desde el ala D y que llegó precedido por su fama. Al parecer, no era un hombre que destacase por su humanidad. Esa impresión quedó

confirmada cuando, el día en que Billy Tait regresó, Cleve fue llamado a su despacho.

—Me han dicho que Tait y tú estáis bastante unidos —le dijo Devlin.

Tenía el rostro duro como el granito.

—En realidad no.

—No voy a cometer el mismo error que Mayflower, Smith. Por lo que a mí respecta, Tait es un problema. Voy a observarlo como un halcón, y cuando yo no esté presente, tú lo harás por mí, ¿entendido? A la más mínima, irá al tren fantasma. Antes de que ese cabrón se dé cuenta, lo habré sacado de aquí y lo habré metido en una unidad especial. ¿Me he explicado bien?

—¿Qué? ¿Estabas presentando tus respetos?

Billy había adelgazado en el hospital: unos kilos que su escuálido cuerpo a duras penas podía permitirse perder. La camisa le quedaba demasiado grande y llevaba el cinturón abrochado en el último agujero. La delgadez hacía resaltar más que nunca su vulnerabilidad física; Cleve pensó que hasta el puñetazo de un peso pluma lo tumbaría. Sin embargo, esa escualidez le proporcionaba a su rostro una intensidad nueva y casi desesperada. Parecía ser solo ojos; unos ojos en los que había desaparecido todo rastro de ese rayo de sol que había quedado atrapado en ellos. También se había esfumado la vacuidad fingida, para ser remplazada por una determinación inquietante.

—Te he hecho una pregunta.

—Ya te he oído —le dijo Billy. Ese día no había sol, pero a pesar de ello, estaba mirando la pared—. Pues sí, por si te interesa, estaba presentando mis respetos.

—Devlin me ha pedido que te vigile. No te quiere en esta galería. Es posible que intente que te transfieran.

—¿Que me transfieran? —La mirada de terror que Billy le dirigió a Cleve era tan sincera que resultaba imposible mantenerla más allá de unos pocos segundos—. ¿Quieres decir a otra prisión?

—Eso diría yo.

—¡No pueden hacerlo!

—Oh, sí que pueden. Le llaman el tren fantasma. En un momento dado estás aquí, y un momento más tarde...

—No —dijo el muchacho, con las manos transformadas repentinamente en puños.

Había empezado a temblar y, durante un instante, Cleve se temió que fuera a tener un segundo ataque. Pero aparentemente, Billy puso todo su empeño y consiguió controlar los temblores, y entonces volvió de nuevo su mirada hacia su compañero de celda. Las magulladuras de la paliza de Lowell se habían suavizado hasta quedar de un gris amarillento, aunque todavía les faltaba mucho para desaparecer; las mejillas sin afeitar estaban salpicadas de una barba de un suave tono pelirrojo. Cleve sintió una desagradable punzada de preocupación al mirarlo.

—Cuéntamelo —le dijo Cleve.

—¿Que te cuente qué? —le preguntó Billy.

—Lo que pasó en las tumbas.

—Me mareé y me caí redondo. Ya no recuerdo nada más hasta que me desperté en el hospital.

—Eso es lo que les has contado, ¿verdad?

—Es la verdad.

—No es lo que yo he oído. ¿Por qué no me explicas lo que sucedió realmente? Quiero que confíes en mí.

—Y confío, pero esto tengo que guardármelo para mí mismo. Es algo entre él y yo.

—¿Entre Edgar y tú? —le preguntó Cleve, y Billy movió la cabeza afirmativamente—. ¿Un hombre que mató a toda su familia excepto a tu madre?

Fue evidente que a Billy le sorprendió que Cleve estuviera en posesión de esa información.

—Sí —dijo después de pensar sobre ello unos instantes—. Sí, los mató a todos. También hubiera matado a mi madre si ella no hubiera escapado. Quería eliminar a toda la familia, para que no hubiera descendientes que transmitieran su sangre impura.

—¿Así que tu sangre es impura?

Billy se permitió las más leve de las sonrisas.

—No —respondió—. Yo creo que no. El abuelo estaba equivocado. Los tiempos han cambiado, ¿verdad?

Está loco, pensó Cleve. Rápido como un rayo, Billy se percató al momento de su dictamen.

—No estoy loco —le dijo—. Díselo a todo el mundo. Díselo a Devlin y a todo el que pregunte. Diles que soy un corderito. —La fiereza había regresado a sus ojos. Cleve pensó que para nada parecían los ojos de un cordero, aunque se abstuvo de decirlo—. No deben moverme de aquí, Cleve. No después de que haya llegado tan cerca. Tengo asuntos de los que ocuparme en este lugar. Asuntos importantes.

—¿Con un muerto?

—Con un muerto.

A pesar de esa nueva determinación que sus ojos habían exhibido ante Cleve, Billy disimulaba cuando estaba con el resto de los reclusos. No respondía ni a las preguntas ni a los insultos que le lanzaban; su fachada de indiferencia, de ojos inexpresivos, era impecable. Cleve estaba impresionado. El chico tenía futuro como actor, si decidía dar la espalda a la locura profesional.

Sin embargo, la tensión de tener que ocultar esa urgencia recién descubierta, se empezó a dejar notar enseguida. En los ojos hundidos y en los movimientos nerviosos; en los silencios ensimismados e inquebrantables. El deterioro físico fue evidente para el médico al que Billy seguía visitando, el cual diagnosticó que el muchacho sufría depresión e insomnio agudo, y le recetó tranquilizantes para ayudarlo a dormir. Billy le dio las pastillas a Cleve, insistiendo en que a él no le hacían falta. Cleve se lo agradeció. Por primera vez en muchos meses empezó a dormir bien, sin ser molestado por los lamentos ni por los gritos de los demás reclusos.

Durante el día, la relación entre Cleve y el muchacho, que siempre había sido superficial, se redujo a la mera cortesía. Cleve notaba que Billy se estaba encerrando totalmente en sí mismo, apartándose de los asuntos meramente materiales.

No era la primera vez que era testigo de un repliegue deliberado como ese. Su cuñada, Rosanna, había muerto tres años antes de un cáncer de estómago: un declive prolongado y, hasta las últimas semanas, paulatino. Cleve no había estado muy unido a ella, pero

es posible que fuera ese distanciamiento lo que le había permitido observar el comportamiento de la mujer con una perspectiva de la que carecía el resto de la familia. Le había sorprendido la manera sistemática en la que se había preparado para morir, circunscribiendo su cariño a un círculo cada vez más pequeño, hasta que solo alcanzó a las figuras más vitales de su vida (sus hijos y su sacerdote) y dejando fuera a todos los demás, incluso a su marido, con el que llevaba casada catorce años.

Y esa misma frugalidad y falta de pasión era lo que estaba viendo en Billy. Como un hombre que se prepara para atravesar un páramo sin agua y que valora demasiado sus energías como para malgastarlas en el más mínimo gesto inútil, el chico se estaba encerrando en sí mismo. Resultaba inquietante; Cleve se sentía cada vez más incómodo compartiendo con él los cuatro por tres metros de su celda. Era como vivir con un hombre que estuviera en el corredor de la muerte.

Su único consuelo eran los tranquilizantes, que Billy conseguía engatusando sin ningún problema al médico para que se los siguiera suministrando. Las pastillas le garantizaban a Cleve un descanso reparador, y, al menos durante unos cuantos días, sin sueños.

Y entonces soñó con la ciudad.

Al principio no fue la ciudad; primero fue el desierto. Una extensión vacía de arena azul oscuro, que se le clavaba en la planta de los pies al caminar, y que levantada por un viento frío se le colaba por la nariz, los ojos y el cabello. Sabía que había estado allí antes. Su yo soñado reconoció el paisaje de dunas áridas, sin árboles ni casas que rompieran la monotonía. Sin embargo, en sus anteriores visitas alguien le había guiado (o al menos, esa era la sensación que tenía); mientras que en esta ocasión estaba solo. Las nubes que tenía encima de su cabeza eran opresivas y de un color gris pizarra, y no presagiaban que el sol fuera a salir. Durante lo que le parecieron horas, caminó por las dunas; la punzante arena hizo que los pies se le cubrieran de sangre, y su cuerpo, salpicado de granos de arena, se tiñó de azul. Cuando el agotamiento estaba a punto de vencerle, vio unas ruinas y se dirigió hacia ellas.

No era un oasis. En esas calles vacías no había nada lozano ni que pudiera servir de sustento; ni árboles frutales ni fuentes chispean-

tes. La ciudad era un conglomerado de casas, o de fragmentos de casas (en algunos casos, pisos enteros, en otros, habitaciones aisladas) colocados unos junto a otros, componiendo parodias del orden urbano. La mezcla de estilos era terrible: elegantes edificios georgianos se alzaban junto a míseros bloques de pisos de alquiler con habitaciones quemadas; una casa arrancada de una hilera de adosados, impecable hasta en el barro barnizado de la repisa de la ventana, estaba colocada espaldas con espaldas con un ático de lujo. Todos habían sido separados bruscamente de su entorno y mostraban las cicatrices producto de ello: las paredes estaban agrietadas, y permitían vislumbrar de manera furtiva los interiores privados; las escaleras se arrastraban hacia las nubes sin un destino; las puertas daban golpes, al ser abiertas y cerradas por el viento, sin llevar a ninguna parte.

Cleve sabía que en ese lugar había vida. No solo los lagartos, las ratas y las mariposas, albinos todos ellos, que revoloteaban y brincaban por delante de él cuando caminaba por las calles desoladas, sino también vida humana. Notaba que cada uno de sus pasos estaba siendo observado, aunque no vio ninguna señal de presencia humana; al menos, no en la primera visita.

En la segunda, su yo soñado se saltó la dura caminata por el desierto y apareció directamente en la necrópolis, y sus pies, que aprendían rápido, siguieron la misma ruta de su primera visita. Esa noche, el viento incesante era más fuerte. Atrapaba las cortinas de encaje de una ventana, y el tintineante adorno chino que colgaba en otra. Además, traía voces; sonidos horribles y extraños que venían de algún lugar lejano situado mucho más allá de la ciudad. Al oír el runrún de esa cháchara, como de niños perturbados, Cleve se sintió agradecido por las calles y las habitaciones, no tanto por las comodidades que le pudieran ofrecer, sino por su familiaridad. No tenía ningún deseo de adentrarse en esos interiores, hubiera o no hubiera voces; no quería descubrir qué es lo que distinguía a esos fragmentos de arquitectura como para haber hecho que fueran arrancados de sus raíces y arrojados en medio de esa desolación gimoteante.

Sin embargo, una vez que hubo visitado ese lugar, continuó volviendo a él en sus sueños, noche tras noche; siempre caminando con los pies ensangrentados, sin llegar a ver nada más que ratas y

mariposas, y arena negra en todos los umbrales, empujada por el viento al interior de habitaciones y vestíbulos que permanecían inmutables entre una y otra visita; por lo que alcanzó a ver entre las cortinas y a través de las paredes destrozadas, esos lugares parecían haberse quedado petrificados de alguna manera en un cierto momento crítico, con la comida abandonada en una mesa preparada para tres (el capón sin trinchar, las salsas humeantes), o el agua de la ducha corriendo en un cuarto de baño en el que la lámpara se balanceaba permanentemente; y en una habitación que podría haber sido el despacho de un abogado, un perrito faldero, o una peluca arrancada y arrojada al suelo, que yacía abandonada sobre una elegante alfombra cuyos complicados dibujos habían sido medio devorados por la arena.

Solo en una ocasión vio a otro ser humano en la ciudad, y fue a Billy. Sucedió de una forma extraña. Una noche, mientras estaba soñando con las calles, se medio despertó. Billy también estaba despierto, de pie en mitad de la celda, con la mirada levantada hacia la luz que entraba por la ventana. No era la luz de la luna, pero el muchacho se bañaba en ella como si lo fuera. Tenía el rostro alzado hacia la ventana, con la boca abierta y los ojos cerrados. Cleve apenas tuvo tiempo de darse cuenta de que el chico parecía encontrarse en trance antes de que los tranquilizantes lo arrastraran de vuelta a su sueño. Sin embargo, se llevó consigo un fragmento de realidad, y el muchacho quedó incorporado a su visión onírica. Cuando llegó de nuevo a la ciudad, allí estaba Billy Tait: de pie en la calle, con el rostro levantado hacia las nubes amenazantes, la boca abierta y los ojos cerrados.

La visión solo duró un instante. Un momento después, el muchacho ya se había marchado, con sus pies levantando negros abanicos de arena. Cleve lo llamó. Billy siguió corriendo a pesar de ello, sin hacerle caso, y, con esa clarividencia inexplicable de los sueños, Cleve supo adónde se encaminaba. Hacia los límites de la ciudad, donde las casas se acababan y empezaba el desierto. A lo mejor iba a reunirse con un amigo que se dirigía hacia allí en medio de ese viento terrible. Nada podría haberle inducido a perseguirle, a pesar de que no quería perder el contacto con el único ser humano que había visto en esas calles desamparadas. Volvió a llamarle, más fuerte.

Entonces, sintió una mano en el hombro, y tras despertarse aterrorizado, se encontró con que estaba en su celda y alguien lo estaba zarandeando intentando despertarle.

—No pasa nada —le dijo Billy—. Estabas soñando.

Cleve sacudió la cabeza, intentado sacarse de ella la ciudad, pero durante varios difíciles segundos, el sueño se filtró hacia el mundo real, y al bajar la vista hacia el muchacho, vio cómo el cabello de Billy era levantado por un viento que no podía, que era imposible que estuviera soplando en los confines de la celda.

—Estás soñando —repitió Billy—. Despierta.

Temblando, Cleve se incorporó del todo en la litera. La ciudad se estaba alejando, ya casi había desaparecido, pero antes de perderla de vista totalmente, tuvo la convicción absoluta de que Billy sabía de qué sueño lo estaba despertando; de que durante unos breves y frágiles momentos, ambos habían estado juntos en ese lugar.

—Lo sabes, ¿verdad? —acusó al pálido rostro que tenía a su lado.

El muchacho pareció desconcertado.

—¿A qué te refieres?

Cleve sacudió la cabeza. La sospecha le resultaba más increíble a medida que el sueño se iba alejando. A pesar de ello, cuando bajó la vista hacia la huesuda mano de Billy que seguía aferrada a su brazo, casi contaba con ver restos de ese polvo de obsidiana bajo las uñas de los dedos; pero lo único que había era mugre.

Sin embargo, cuando ya hacía mucho tiempo que las dudas se tenían que haber rendido ante el acoso de la razón, seguían estando allí. A partir de esa noche, Cleve empezó a vigilar al chico con mucha más atención, esperando que se le escapara una frase o una mirada que revelara la naturaleza de su juego. Sin embargo, ese escrutinio era una causa perdida. Los últimos restos de accesibilidad desaparecieron después de esa noche; al igual que Rosanna, el muchacho se convirtió en un libro indescifrable, sin dejar escapar por debajo de sus párpados ninguna pista sobre la naturaleza de su mundo secreto. El sueño nunca volvió a ser mencionado, y la única alusión indirecta a esa noche fue la redoblada insistencia de Billy en que Cleve continuara tomándose los tranquilizantes.

—Necesitas dormir —le dijo tras volver de la enfermería con nuevas provisiones—. Cógelos.

—Tú también necesitas dormir —repuso Cleve, sintiendo curiosidad por ver hasta qué punto pensaba presionarle el muchacho—. Ya no me hacen falta.

—Sí que te hacen —insistió Billy, ofreciéndole el frasco de pastillas—. Ya sabes cuánto ruido hay.

—Me han dicho que crean adicción —le contestó Cleve, sin coger las pastillas—. Me las apañaré sin ellos.

—¡No! —dijo Billy, y en ese momento Cleve notó una insistencia que confirmó sus sospechas más profundas. El chico quería que estuviera drogado, es lo que había querido desde un principio—. Yo duermo como un bebé. Cógelos, por favor; si no, los habré conseguido para nada.

Cleve se encogió de hombros.

—Si estás seguro... —le dijo, dispuesto a fingir que cedía, una vez que sus temores habían quedado confirmados.

—Lo estoy.

—Gracias, entonces.

Cleve cogió el frasco.

Billy le sonrió. En cierto modo, esa sonrisa fue el auténtico inicio de los malos tiempos.

Esa noche, Cleve respondió a la actuación del chico con una propia, haciendo como que se tomaba los tranquilizantes tal como era su costumbre, pero sin llegárselos a tragar. Una vez que estuvo tumbado en su litera, con el rostro vuelto hacia la pared, se los sacó de la boca y los metió debajo de la almohada. Entonces fingió dormir.

Los días en la prisión comenzaban y terminaban temprano; así que a las nueve menos cuarto o nueve, la mayoría de las celdas de las cuatro alas ya estaban a oscuras y los presos reclusos hasta el amanecer, abandonados a sus propios recursos. Esa noche era más tranquila que la mayoría. El inquilino gimoteante que estaba dos celdas más allá había sido transferido al ala D y prácticamente no se oían otros ruidos a lo largo de la galería. Incluso sin las pastillas, Cleve se sintió tentado por el sueño. De la litera de abajo casi no le llegaba ningún ruido, excepto algún suspiro de vez en cuando. Era imposible adivinar si Billy estaba realmente dormido o no. Cleve se

mantuvo en silencio, echando alguna que otra breve mirada furtiva a la esfera luminosa de su reloj. Los minutos le parecían interminables, y se temió, a medida que las primeras horas fueron pasando lentamente, que muy pronto su imitación del sueño se convertiría en algo auténtico. En realidad, estaba dándole vueltas en la cabeza a esa posibilidad cuando el sueño se apoderó de él.

Se despertó mucho más tarde. Su posición no parecía haberse alterado durante el sueño. Seguía teniendo la pared frente a él, con la pintura descascarillada formando un borroso mapa de algún territorio desconocido. Tardó uno o dos minutos en centrarse. En la litera de abajo no se oía ningún ruido. Fingiendo que se movía en sueños, llevó el brazo hasta donde podía verlo, y miró la esfera verde pálido de su reloj. Era la una y cincuenta y uno. Faltaban todavía varias horas para el amanecer. Se quedó en la misma posición en la que se había despertado durante un cuarto de hora, atento a cualquier sonido que se produjera en la celda, intentando ubicar a Billy. No le gustaba nada la idea de darse media vuelta y mirar, por miedo a que el muchacho estuviera de pie en mitad de la celda, como la noche de la visita a la ciudad.

A pesar de estar sumido en la noche, el mundo distaba mucho de ser un lugar silencioso. Cleve oía las pisadas apagadas de alguien que paseaba de un lado a otro en la celda que estaba situada justo encima de la suya en la galería superior; oía correr el agua por las tuberías y el sonido de una sirena en Caledonian Road. Lo que no conseguía oír era a Billy. No le oyó respirar ni una sola vez.

Pasó otro cuarto de hora, y Cleve sintió la somnolencia familiar cerniéndose sobre él, intentando reconquistarlo; si seguía tumbado sin moverse durante mucho más tiempo, se volvería a dormir, y para cuando se despertara, ya sería de día. Si quería enterarse de algo, tendría que darse media vuelta y mirar. Decidió que, en lugar de intentar moverse con disimulo, era mejor girarse de la manera más natural posible. Así lo hizo, murmurando para sí mismo como en sueños, para reforzar el engaño. Una vez que ya se hubo dado la vuelta, y hubo colocado la mano junto a la cara para que no se le notara que estaba espionando, abrió los ojos con cuidado.

La celda parecía más oscura que la noche en la que había visto a Billy con el rostro alzado hacia la ventana. En cuanto al chico, no se le veía por ninguna parte. Cleve abrió los ojos un poco más e

inspeccionó la celda por entre los dedos lo mejor que pudo. Faltaba algo, pero no era capaz de averiguar de qué se trataba. Se quedó tumbado durante varios minutos, esperando a que sus ojos se acostumbraran a las tinieblas; pero no lo hicieron. La escena que tenía frente a él siguió viéndose borrosa, como un cuadro tan recubierto de suciedad y barniz, que los que lo examinan no pueden llegar a su esencia. Sin embargo, Cleve sabía, y bien que lo sabía, que las sombras que había en las esquinas de la celda y en la pared que tenía frente a él no estaban vacías. Quería acabar con esa incertidumbre que estaba haciendo palpitarse a su corazón con tanta fuerza, quería levantar la cabeza de su dura almohada y decirle a Billy que abandonara su escondite. Sin embargo, el sentido común le aconsejaba que no lo hiciera. En lugar de eso, se quedó tumbado inmóvil, sudando y vigilando.

Y en ese momento, se empezó a dar cuenta de qué es lo que estaba mal en la escena que tenía ante él. Las sombras que le impedían ver estaban en un lugar donde no debía haber sombras; se extendían por la zona de la celda donde tenía que haber estado cayendo la débil luz de la ventana. De alguna manera, entre la ventana y la pared, la luz había sido ahogada y devorada. Cleve cerró los ojos para dar a su aturdida mente la oportunidad de racionalizar y rechazar esa conclusión. Cuando los volvió a abrir de nuevo, el corazón le dio un vuelco. En lugar de perder fuerza, la sombra había aumentado ligeramente de tamaño.

Nunca había sentido tanto miedo; nunca había sentido una frialdad en las entrañas comparable a la que estaba experimentando en esos momentos. Con gran esfuerzo, consiguió seguir respirando con regularidad y mantener las manos donde las tenía. Su instinto le empujaba a taparse hasta arriba y esconder la cabeza como un niño; sin embargo, no lo hizo por dos motivos. El primero era que el más ligero movimiento podía atraer sobre él una inoportuna atención. El segundo, que Billy estaba en algún lugar de la celda, y a lo mejor tan amenazado por esa sombra viviente como él.

Y entonces, el muchacho habló desde la litera inferior. Lo hizo en voz baja, probablemente para no despertar al compañero de celda que dormía, y en su voz se percibía una intimidad extraña e inquietante. Cleve ni se planteó la posibilidad de que estuviera hablando en sueños; hacía mucho tiempo que había dejado de

engañarse a sí mismo. El muchacho estaba hablando con la oscuridad; por difícil de aceptar que pudiera ser, de eso no tenía ninguna duda.

—... duele... —dijo, con una débil nota de acusación en su voz— no me dijiste cuánto duele...

¿Fue tan solo algo que Cleve se imaginó, o realmente ese espectro de sombras respondió dilatándose un poco, como la tinta del calamar en el agua? Se sintió terriblemente asustado.

El muchacho volvió a hablar. Lo hacía en voz tan baja que Cleve apenas podía oír lo que decía.

—... tiene que ser pronto... —dijo, con un tono apremiante, pero sosegado—. No tengo miedo. Nada de miedo.

La sombra se movió de nuevo. Y cuando Cleve miró hacia su núcleo, consiguió vislumbrar la quimérica figura que había en su interior. Notó un temblor en la garganta; un grito se situó detrás de su lengua, ansioso por escapar.

—... todo lo que puedas enseñarme... —estaba diciendo Billy—, de prisa...

Las palabras siguieron fluyendo, pero Cleve apenas las oía. Su atención estaba centrada en el telón de sombras, y en la figura, formada a partir de retazos de oscuridad, que se movía entre sus pliegues. No era una ilusión. Allí había un hombre, o más bien, el rudimento de la imagen de un hombre, con su sustancia tenue, y un contorno que no hacía más que desdibujarse, y que tan solo mediante un enorme esfuerzo era empujado a recuperar de nuevo una cierta apariencia humana. Cleve apenas podía distinguir los rasgos del visitante, pero sí veía lo suficiente para notar las deformidades disfrazadas de virtudes: un rostro que parecía una fuente de fruta podrida, pastoso y despellejado, abultándose en una zona en la que había un nido de moscas, para a continuación hundirse hacia un núcleo pestilente. ¿Cómo podía el muchacho conseguir hablar tan cómodamente con esa «cosa»? Sin embargo, a pesar de la putrefacción, había una dignidad amarga en el porte de la criatura, en la angustia de sus ojos y en la «O» que formaban sus fauces carentes de dientes.

Billy se puso de pie de improviso. El repentino movimiento, después de todas esas quedas palabras, casi liberó el grito de la garganta de Cleve. Pero este consiguió retenerlo, con dificultad, y

entrecerró los ojos, observando lo que sucedió a continuación por entre los barrotes de sus pestañas.

Billy estaba hablando de nuevo, pero lo hacía en voz tan baja que resultaba imposible oír lo que estaba diciendo. Avanzó hacia la sombra y su cuerpo bloqueó gran parte de la figura que había en la pared de enfrente. La celda no tenía más de dos o tres zancadas de anchura, pero las leyes de la física se debieron de relajar porque dio la impresión de que el muchacho daba cinco, seis, siete pasos alejándose de la litera. Cleve abrió más los ojos: sabía que no lo estaban vigilando. La sombra y su acólito tenían asuntos que tratar que acaparaban toda su atención.

La figura de Billy se veía más pequeña de lo que parecía ser posible dentro de los confines de la celda, como si hubiera atravesado la pared para penetrar en otro territorio. Y justo en ese momento, con los ojos totalmente abiertos, fue cuando Cleve reconoció ese lugar. La oscuridad de la que estaba hecho el visitante de Billy estaba formada por polvo y sombras de nubes; detrás de él, apenas visible en las tinieblas embrujadoras, pero reconocible para cualquiera que hubiera estado allí, estaba la ciudad de los sueños de Cleve.

Billy había dado alcance a su maestro. La criatura se alzaba por encima de él, harapienta y larguirucha, pero henchida de poder. Cleve no sabía cómo ni por qué el muchacho había ido tras ella, y temió por la seguridad de Billy al verlo allí, pero el miedo por su propia seguridad lo mantuvo encadenado a la litera. En ese momento se dio cuenta de que nunca había amado a nadie, hombre o mujer, lo suficiente como para haber ido tras él hasta el interior de la sombra de esa sombra. Ese pensamiento le hizo sentir terriblemente aislado, y al mismo tiempo se dio cuenta de que nadie que le viera caminar a él hacia su condenación, daría ni un solo paso para arrancarlo del precipicio. Almas perdidas; eso es lo que eran, tanto él como el muchacho.

El amo de Billy estaba alzando su cabeza abotagada, y el viento incesante de esas calles azules hacía ondear su melena equina, despertándola a una furiosa vida. El viento traía las mismas voces que Cleve había oído anteriormente, los gritos de niños desquiciados, un cruce entre llantos y aullidos. Y como animado por esas voces, la criatura alargó los brazos hacia Billy y lo estrechó entre ellos,

envolviendo al muchacho en una bruma. Billy no se resistió al abrazo, sino que más bien lo devolvió. Cleve, incapaz de seguir presenciando esa horrible intimidad, cerró los ojos para no ser testigo de la misma, y cuando segundos, ¿o tal vez minutos?, más tarde los volvió a abrir, el encuentro parecía haber llegado a su fin. La sombra se estaba disolviendo, renunciando a su frágil cohesión. Se disgregó, y fragmentos de su anatomía desharrapada se alejaron volando por las calles como basura empujada por el viento. Su partida pareció marcar el inicio de la disipación de toda la escena; las calles y casas ya habían empezado a ser devoradas por el polvo y la distancia. Antes incluso de que los últimos restos de la sombra hubieran desaparecido arrastrados por el viento, la ciudad ya se había perdido de vista. Cleve se alegró de no haber podido acceder a ella. La realidad, por sombría que fuera, era preferible a esa desolación. Ladrillo a ladrillo, la pared se reafirmaba de nuevo en su lugar, y Billy, liberado de los brazos de su amo, estaba de vuelta en la geometría sólida de la celda, con la mirada levantada hacia la luz que atravesaba la ventana.

Cleve no se volvió a dormir esa noche. Y no dejó de preguntarse, mientras yacía en su rígido colchón mirando fijamente las estalactitas de pintura que colgaban del techo, si alguna vez volvería a sentirse seguro en sus sueños.

La luz del sol era toda una artista del mundo del espectáculo. Lanzaba su resplandor con gran vistosidad, tan deseosa de deslumbrar y distraer como cualquier comerciante de baratijas. Pero por debajo de la radiante superficie iluminada, había otro territorio; un lugar que la luz del sol, esa encantadora de multitudes, conspiraba para ocultar. Era un acto perverso y desesperado. La mayoría, cegados por el espectáculo, nunca llegaban a vislumbrar ese otro lugar. Pero Cleve ya conocía ese territorio sin sol, incluso había caminado por él, en sueños; y aunque lamentaba la pérdida de su inocencia, sabía que nunca podría volver sobre sus pasos y regresar a la galería de espejos de la luz.

Cleve hizo todo lo que estuvo en su mano para que Billy no se percatara de este cambio que se había producido en él; lo último que

quería era que el chico sospechara que lo había estado escuchando a escondidas. Sin embargo, ocultarle algo así resultaba casi imposible. Aunque al día siguiente Cleve se esforzó al máximo intentando fingir normalidad, no fue capaz de disimular totalmente su intranquilidad. Se le escapaba sin que pudiera controlarla, como el sudor de los poros. Y el muchacho lo sabía, estaba claro, lo sabía. Billy tampoco esperó demasiado para exponer sus sospechas. Cuando esa tarde regresaron a la celda después de haber estado en el taller, Billy no tardó en plantearle la cuestión.

—¿Y a ti qué te pasa hoy?

Cleve se puso a rehacer la cama, sin atreverse siquiera a mirar a Billy.

—No me pasa nada; es que no me encuentro demasiado bien.

—¿Has pasado mala noche? —le preguntó el muchacho.

Cleve notaba los ojos de Billy taladrándole la espalda.

—No —le contestó, tras esperar unos instantes para que su negativa no pareciera demasiado apresurada—. Me tomé tus pastillas, como siempre.

—Bien.

La conversación decayó, y Cleve pudo terminar de hacer la cama en silencio. Sin embargo, no podía alargar esa tarea eternamente.

Cuando, una vez que hubo acabado, le dio la espalda a la litera, Cleve se encontró a Billy sentado en la mesita, con uno de sus libros abierto sobre el regazo. Estaba hojeando el volumen tranquilamente, y todas las señales de sus anteriores sospechas se habían desvanecido. Sin embargo, Cleve no era tan tonto como para fiarse de las meras apariencias.

—¿Por qué lees estas cosas? —le preguntó el muchacho.

—Para pasar el rato —le contestó Cleve, y deshizo todo su trabajo al trepar a la litera superior y tumbarse en ella.

—No. No me refiero a por qué lees libros. Lo que quiero decir es que por qué lees justo estos libros. Todas estas cosas sobre el pecado.

Cleve solo oyó la pregunta a medias. El estar tumbado en la litera le hizo acordarse con demasiada intensidad de lo ocurrido la noche anterior. También le hizo pensar en cómo, incluso en ese mismo instante, la oscuridad estaba trepando de nuevo por el costado del mundo. Ante ese pensamiento, le pareció que el estómago se le subía a la garganta.

—¿Me has oído? —le preguntó Billy.

Cleve murmuró que sí.

—Vale, entonces ¿por qué? ¿Por qué estos libros, sobre la condenación y todo eso?

—Nadie más los saca de la biblioteca —repuso Cleve, al que le estaba costando dar forma a los pensamientos que iba a poner en palabras, al ser los otros, los que callaba, mucho más imperiosos.

—¿Entonces no te lo crees?

—No —le contestó—. No; no me creo ni una palabra.

Billy guardó silencio durante un rato. Aunque Cleve no lo estaba mirando, le oía pasar las páginas. Entonces, le llegó otra pregunta, pero dicha en voz más baja: una confesión.

—¿Tienes miedo alguna vez?

La pregunta sobresaltó a Cleve y lo sacó de su trance. La conversación había pasado de ser una charla sobre los temas de lectura a algo mucho más pertinente. ¿Por qué iba a preguntar Billy sobre el miedo si no era porque estaba asustado?

—¿De qué debo tener miedo? —le preguntó Cleve.

Por el rabillo del ojo vio cómo el muchacho se encogía ligeramente de hombros antes de contestar.

—De algunas cosas que pasan —le dijo, con voz inexpresiva—. Cosas que no se pueden controlar.

—Sí —le contestó Cleve, sin estar seguro de adónde les estaba llevando esa conversación—. Sí, claro. A veces tengo miedo.

—¿Y qué haces entonces? —le preguntó Billy.

—No se puede hacer nada, ¿verdad? —le respondió Cleve también en voz baja—. Dejé de rezar la mañana en que mi padre murió.

Cleve oyó el golpe suave con el que Billy cerró el libro, e inclinó la cabeza lo suficiente para poderlo ver. Billy no podía ocultar completamente su agitación. *Tiene miedo*, pensó Cleve, *no quiere que llegue la noche más de lo que lo quiero yo*. El pensamiento de ese temor compartido le resultó reconfortante. Era posible que el muchacho no perteneciera totalmente a la sombra; a lo mejor incluso podía engatusarlo para que le indicara la manera de salir de esa pesadilla en la que se estaban hundiendo.

Se incorporó, y su cabeza quedó a pocos centímetros del techo de la celda. Billy abandonó sus meditaciones y levantó la mirada; su

rostro era un óvalo pálido de músculos crispados. Cleve sabía que era el momento de hablar; justo entonces, antes de que se apagarán las luces de las galerías y de que las celdas fueran entregadas a las sombras. Entonces ya no habría tiempo para explicaciones. El muchacho ya estaría bajo el influjo de la ciudad, y más allá de toda persuasión.

—Tengo sueños —le dijo Cleve. Billy no contestó nada, tan solo se limitó a devolverle una mirada ojerosa—. Sueño con una ciudad.

El muchacho no se inmutó. Era evidente que no iba a aclararle nada de manera voluntaria; tendría que empujarle a ello.

—¿Sabes de lo que estoy hablando?

Billy movió la cabeza negativamente.

—No. Yo no sueño nunca —repuso tranquilamente.

—Todo el mundo sueña.

—Entonces será que yo no me acuerdo de mis sueños.

—Pues yo sí que me acuerdo de los míos —le dijo Cleve. Una vez sacado a colación el asunto, estaba decidido a no dejar que Billy se le escapara—. Y tú estás allí; estás en esa ciudad.

Entonces el muchacho sí que se sobresaltó; no fue más que un respingo traicionero, pero fue suficiente para que Cleve se convenciera de que no estaba malgastando el aliento.

—¿Qué lugar es ese, Billy? —le preguntó.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? —replicó el muchacho a punto de soltar una carcajada, aunque luego cambiara de opinión y no lo hiciera—. Yo qué sé. Son tus sueños.

Antes de que Cleve pudiera contestarle, oyó la voz de uno de los guardas que iba pasando por las celdas diciéndoles a los hombres que se fueran acostando. Las luces se apagarían muy pronto, y él estaría encerrado en esa celda angosta durante diez horas. Con Billy, y con los fantasmas.

—Anoche... —dijo, con miedo a mencionar lo que había visto y oído sin una introducción adecuada, pero todavía con más miedo a tener que afrontar otra noche en las fronteras de la ciudad, solo en la oscuridad—. Anoche vi... —Vaciló. ¿Por qué no le salían las palabras?— vi...

—¿Qué es lo que viste? —le preguntó el muchacho; su rostro mostraba una expresión inflexible y de él había desaparecido cualquier rastro de temor.

Era posible que él también hubiera oído cómo se acercaba el guardián y supiera que ya no se podía hacer nada; que no había forma de resistirse al avance de la noche.

—¿Qué es lo que viste? —insistió Billy.

Cleve suspiró.

—A mi madre —le contestó.

La débil sonrisa que se apoderó de sus labios fue lo único que delató el alivio del muchacho.

—Sí... Vi a mi madre, en carne y hueso.

—Y eso te afectó, ¿verdad? —le preguntó Billy.

—Es lo que a veces pasa con los sueños.

El guardián había llegado a la celda B.3.20.

—Las luces se apagan en dos minutos —dijo al pasar.

—Deberías tomar más pastillas de esas —le aconsejó Billy, dejando el libro y dirigiéndose a su litera—. Entonces te pasaría como a mí; no tendrías sueños.

Cleve había perdido. Él, el mayor experto en marcarse faroles, había sido derrotado por el farol del chico, y tenía que asumir las consecuencias. Se quedó tumbado, de cara al techo, contando los segundos que quedaban para que las luces se apagaran, mientras debajo de él, el muchacho se desnudaba y se deslizaba entre las sábanas.

Todavía estaba a tiempo de saltar de la cama y llamar al guardián; a tiempo de golpear con la cabeza contra la puerta hasta que acudiera alguien. Pero ¿qué les iba a contar para justificar su histrionismo? ¿Que tenía pesadillas?; ¿y quién no? ¿Que le asustaba la oscuridad?; ¿y a quién no? Se le reirían a la cara y le dirían que se volviera a la cama, y le dejarían con su camuflaje arruinado, y con el chico y con su amo, que esperaba en la pared. Con esa estrategia no conseguiría ponerse a salvo.

Ni tampoco rezando. Había sido sincero con Billy cuando le había contado que había dejado de lado a Dios cuando sus oraciones por la vida de su padre no habían obtenido respuesta. El ateísmo nacía de ese abandono divino; y la fe ya no podía ser reavivada, por muy profundo que fuera su miedo.

El pensar en su padre lo llevó de manera inevitable a pensar en su infancia; pocas cosas además de esa, si es que había alguna, podían absorber su atención tanto como para apartar de él esos

temores. Cuando las luces se apagaron finalmente, su mente aterrorizada se refugió en sus recuerdos. Su ritmo cardíaco se ralentizó, los dedos le dejaron de temblar y, pasado un rato y sin que se percatara de ello, el sueño lo atrapó.

Las distracciones con las que contaba su mente consciente no estaban disponibles para su subconsciente. Una vez que se hubo dormido, esos agradables recuerdos se desvanecieron; las remembranzas de la infancia se convirtieron en algo del pasado, y se encontró de vuelta, con los pies ensangrentados, en esa terrible ciudad.

O más bien en su frontera. Porque esa noche no siguió la habitual ruta que pasaba por la casa georgiana y los edificios vecinos, sino que caminó hacia las afueras de la ciudad, donde el viento soplaba con más fuerza que nunca, y las voces que traía sonaban más claras. Aunque a cada paso que daba esperaba encontrarse con Billy y su siniestro camarada, no vio a nadie. Tan solo las mariposas lo acompañaron por el camino, radiantes como la esfera de su reloj. Se posaban sobre sus hombros y cabello como si fueran confeti, y luego volvían a revolotear.

Alcanzó el límite de la ciudad sin incidentes y se quedó allí, escudriñando el desierto. Las nubes, tan sólidas como siempre, se movían por encima de su cabeza, majestuosas como enormes camiones. Le pareció que esa noche las voces sonaban más cercanas y menos angustiadas que las anteriores veces. No supo con certeza si ese mayor sosiego estaba en las voces o en su reacción ante ellas.

Y entonces, mientras estaba observando las dunas y el cielo, hipnotizado por su vacuidad, oyó un ruido, y al mirar por encima del hombro se encontró con un hombre con una sonrisa en el rostro, vestido con lo que sin lugar a dudas eran sus mejores galas de domingo, que estaba abandonando la ciudad y dirigiéndose hacia él. Llevaba un cuchillo; la sangre que tenía en el arma, en la mano y en la pechera todavía no se había secado. Incluso en su estado onírico, sabiéndose inmune, Cleve se sintió intimidado por la visión y retrocedió, con una palabra en defensa propia en los labios. Sin embargo, el sonriente hombre no pareció verlo, sino que pasó junto a él y continuó avanzando adentrándose en el desierto, dejando caer el arma en el momento en que atravesó algún tipo de frontera invisible. Solo entonces se percató Cleve de que había otros que

habían hecho lo mismo, y de que en los límites de la ciudad el terreno estaba sembrado de recuerdos letales: cuchillos, cuerdas... incluso una mano humana, cercenada por la muñeca; la mayor parte de ellos estaban prácticamente enterrados.

El viento volvía a traer las voces: retazos de canciones absurdas y de risas inconclusas. Apartó la mirada de la arena. El hombre desterrado se había alejado unos cien metros de la ciudad, y estaba de pie en lo alto de una de las dunas, al parecer, a la espera de algo. Las voces eran cada vez más fuertes. De pronto, Cleve se sintió nervioso. Siempre que estando en la ciudad había oído esa cacofonía, la imagen que se había formado de los dueños de las voces le había helado la sangre. ¿Podía quedarse allí y esperar la aparición de esos espíritus? La curiosidad parecía más oportuna que la prudencia. Fijó la mirada sobre el cerro por el que tenían que aparecer, con el corazón latiéndole con fuerza, incapaz de apartar la vista. El hombre del traje de domingo había empezado a quitarse la chaqueta. La dejó caer, y empezó a aflojarse la corbata.

Y en ese momento, a Cleve le pareció vislumbrar algo en las dunas, y el ruido creció hasta convertirse en un eufórico aullido de bienvenida. Clavó la vista, y desafió a sus nervios a que lo traicionaran, decidido a contemplar los múltiples rostros de ese horror.

De pronto, por encima del estruendo de la música, se oyó gritar a alguien; era la voz de un hombre, aunque sonaba aguda y debilitada por el terror. No provenía de allí, de la ciudad de su sueño, sino de esa otra ficción en la que habitaba, y cuyo nombre no conseguía recordar. Volvió a centrar su atención en las dunas, decidido a que no se le negara la visión del reencuentro que estaba a punto de tener lugar delante de él. El grito que venía de ese otro lugar sin nombre aumentó hasta una intensidad capaz de destrozarse cualquier garganta, y luego cesó. Pero en su lugar empezó a sonar un timbre de alarma, con más insistencia que nunca. Cleve notó cómo se le estaba escapando su sueño.

—No... —murmuró— dejadme ver...

Las dunas se estaban moviendo; pero también su conciencia, que estaba abandonando la ciudad para volver a su celda. Sus protestas no lograron ninguna concesión. El desierto se desvaneció, y también la ciudad. Abrió los ojos. Las luces de la celda seguían apagadas y el timbre de alarma estaba sonando. Se oían gritos en las celdas

de las galerías que había por encima y por debajo de la suya, y las voces de los funcionarios que vociferaban preguntas y órdenes en medio de una confusión total.

Se quedó tumbado en la litera durante unos instantes, confiando todavía en poder ser devuelto al enclave de su sueño. Pero no; el timbre de alarma era demasiado agudo, la histeria creciente en las celdas vecinas demasiado apremiante. Admitió la derrota y se incorporó, totalmente despierto.

—¿Qué está pasando? —le preguntó a Billy.

El muchacho no estaba de pie en su lugar habitual junto a la pared. Por una vez estaba dormido, a pesar del estruendo.

—¿Billy?

Cleve se asomó por el borde de la litera y escudriñó el espacio que había debajo. Estaba vacío. Las sábanas y mantas habían sido echadas para atrás.

Saltó de la litera. Con poco más que un vistazo se podía abarcar todo el contenido de la celda; no había ningún lugar donde esconderse. Al muchacho no se le veía por ninguna parte. ¿Habría desaparecido mientras él estaba durmiendo? No era algo nuevo; el tren fantasma con el que había amenazado Devlin consistía en eso: en trasladar, sin ningún tipo de explicación, a los prisioneros difíciles a otros centros. Cleve nunca había oído que eso se llevara a cabo durante la noche, pero todo tenía su primera vez.

Se acercó hasta la puerta para ver si podía enterarse de a qué se debía todo ese griterío, pero la algazara desafiaba toda interpretación. Se imaginó que la explicación más probable era una pelea: dos reclusos que ya no podían soportar la idea de tener que pasar otra hora compartiendo el mismo espacio. Intentó determinar de dónde había venido el primer grito, de la derecha o de la izquierda, de arriba o de abajo; pero el sueño le había hecho perder totalmente el sentido de la orientación.

Mientras estaba junto a la puerta, con la esperanza de que algún guarda pudiera pasar por allí, notó un cambio en el aire. Fue algo tan sutil que al principio apenas se percató de ello. Tan solo cuando se llevó la mano a los ojos intentando desembarazarse del sueño, se dio cuenta de que tenía carne de gallina en los brazos.

Entonces, a su espalda oyó el sonido de una respiración, o de un mal remedo de respiración.

Movió los labios diciendo «Billy» pero sin llegar a emitir sonido alguno. La carne de gallina había alcanzado su columna vertebral; y entonces empezó a temblar. A pesar de lo que pudiera parecer, la celda no estaba vacía; había alguien con él en ese minúsculo espacio.

Reunió todo su coraje y se obligó a darse la vuelta. La celda estaba más oscura que cuando se había despertado, y el aire formaba un sugerente velo. Sin embargo, Billy no estaba en la celda; ni él ni nadie.

Y entonces se oyó de nuevo ese sonido, que atrajo la atención de Cleve hacia la litera inferior. La oscuridad allí era negra como el carbón; había una sombra, como la de pared, demasiado profunda y demasiado volátil para que su origen fuera natural. De ella salía una ronca tentativa de respiración que podría haberse correspondido con los últimos momentos de un asmático. Cleve se dio cuenta de que las tinieblas de la celda tenían su origen en ese lugar: en el angosto espacio de la cama de Billy; la sombra se desbordaba hasta el suelo y, como la bruma, ascendía en espiral hacia la parte superior de la litera.

Las existencias de miedo de Cleve no eran inagotables. Durante los últimos días las había consumido soñando, tanto dormido como despierto; había sudado, se había quedado helado, había vivido al borde de la existencia cuerda y había sobrevivido. Y en ese momento, aunque su cuerpo seguía insistiendo en mantener la carne de gallina, su mente no se vio empujada al pánico. Se sintió más tranquilo que nunca; empujado hacia una nueva imparcialidad por los recientes sucesos. No se acobardaría. No se taparía los ojos ni rezaría para que llegara la mañana, porque si lo hacía, un día se despertaría y se encontraría con que había muerto sin haber llegado a averiguar la naturaleza de ese misterio.

Respiró hondo y se acercó a la litera que había empezado a menearse. Envuelto en el velo de sombras, el ocupante de la cama inferior se agitaba violentamente.

—Billy —dijo Cleve.

La sombra se desplazó. Se concentró alrededor de los pies de Cleve, y fue subiendo hasta alcanzar su rostro, fría y desagradable, oliendo a piedra mojada por la lluvia.

Cleve no estaba a más de un metro de la litera, pero seguía sin poder distinguir nada; la sombra seguía desafiándole. Decidido a no

rendirse, alargó el brazo hacia la cama. Ante su acoso, el velo se dividió como el humo, y la figura que se revolcaba sobre el colchón quedó al descubierto.

Se trataba de Billy, por supuesto; y sin embargo, no era él. Tal vez fuera un Billy perdido, o uno que estaba por llegar. Si eso era así, Cleve no quería tener nada que ver con un futuro que pudiera resultar tan traumático. Allí, en la litera inferior, yacía una forma oscura y maltrecha, que continuaba solidificándose mientras Cleve miraba, tejiéndose a partir de las sombras. En esos ojos incandescentes, en el arsenal de dientes afilados, había un algo de zorro rabioso; y de insecto patas arriba, en la manera en la que casi se había enroscado totalmente sobre sí mismo, con la espalda más caparazón que carne, y más una pesadilla que cualquier otra cosa. Ninguna parte de su cuerpo permanecía inmutable. Fuera cual fuera su configuración (o tal vez sus muchas configuraciones), Cleve estaba presenciando la disolución de la misma. Los dientes le seguían creciendo, perdiendo solidez en el proceso, alargándose hasta que estaban a punto de romperse, para entonces dispersarse como la niebla; sus extremidades, que terminaban en garras y que pedaleaban en el aire, también estaban perdiendo fuerza. Por debajo de ese caos, vio el fantasma de Billy Tait, con la boca abierta, balbuceando en medio de un gran sufrimiento, esforzándose por salir al exterior. Cleve hubiera querido adentrarse en ese remolino, agarrar al chico y sacarlo de allí, pero sentía que el proceso que estaba presenciando tenía su propio ritmo y que su intervención podía resultar fatal. Lo único que podía hacer era quedarse allí y observar cómo las finas y pálidas extremidades de Billy y su palpitante abdomen se retorcían para deshacerse de esa anatomía espantosa. Los ojos luminosos fue casi lo último que desapareció; se desbordaron de sus cuencas en múltiples hebras y se transformaron en vapor negro.

Por fin vio el rostro de Billy, por el que todavía se movían trémulamente algunos perezosos vestigios de su condición anterior. Y entonces, incluso esos restos se dispersaron, las sombras desaparecieron, y tan solo quedó Billy, tumbado en la litera, desnudo y jadeante, agotado tras ese tormento.

Miró a Cleve, con el rostro carente de toda expresión.

Cleve se acordó de cómo se había quejado el chico a la criatura de la ciudad, «... duele...», le había dicho, «... no me dijiste cuánto dolía...». Era una verdad evidente. El cuerpo del muchacho parecía un terreno devastado lleno de sudor y huesos; resultaba difícil imaginar una visión menos apetecible. Pero era humano, y eso ya era algo.

Billy abrió la boca. Tenía los labios rojos y brillantes, como pintados con carmín.

—Y ahora... —dijo, intentando hablar mientras respiraba trabajosamente—, ¿qué vamos a hacer?

Al parecer, el esfuerzo que hizo para hablar fue demasiado para él. Se oyó un sonido ahogado proveniente del fondo de su garganta y Billy se tapó la boca con la mano. Cleve se apartó cuando el muchacho se incorporó y avanzó tambaleándose hacia el cubo que había en un rincón de la celda, que estaba allí para que hicieran sus necesidades durante la noche. No consiguió llegar antes de que las ganas de vomitar se apoderaran de él; el líquido salió volando por entre sus dedos y cayó al suelo. Cleve miró para otro lado mientras Billy vomitaba, preparándose para el hedor que tendría que soportar hasta que pudieran vaciar el cubo a la mañana siguiente. Sin embargo, no fue el olor a vómito lo que invadió la celda, sino algo más dulce y empalagoso.

Desconcertado, Cleve volvió a dirigir su mirada hacia la figura que estaba agachada en el rincón. En el suelo entre sus pies había salpicaduras de un fluido oscuro, y ese mismo líquido le baja por las piernas desnudas. Incluso en la penumbra de la celda, era evidente que se trataba de sangre.

Incluso en las prisiones mejor organizadas, la violencia podía estallar sin previo aviso, e inevitablemente así sucedía. La relación entre dos convictos, encerrados juntos durante dieciséis de cada veinticuatro horas, era algo impredecible. Sin embargo, hasta donde los prisioneros y los funcionarios habían podido observar, Lowell y Nayler no se llevaban mal; ni tampoco, hasta el momento en que brotó ese grito, se habían oído ruidos provenientes de su celda: ni discusiones ni gritos. Lo que había podido inducir a Nayler a atacar y a, sin un motivo aparente, asesinar de manera brutal a su

compañero de celda para a continuación infligirse a sí mismo terribles heridas, fue tema de discusión tanto en el comedor como en el patio. Sin embargo, el «porqué» del problema quedó eclipsado por el «cómo». Los rumores que describían el estado del cuerpo de Lowell cuando fue encontrado desafiaban a la imaginación; las descripciones horrorizaron incluso a esos hombres acostumbrados a la brutalidad gratuita. Lowell no les caía demasiado bien: era un matón y un tramposo. Sin embargo, nada de lo que había hecho le hacía merecedor de una mutilación así. El hombre había sido abierto en canal, le habían sacado los ojos y le habían arrancado los genitales. A continuación, Nayler, el único agresor posible, se las había apañado para rajarse su propio vientre. Se encontraba internado en la Unidad de Cuidados Intensivos, y el pronóstico no era nada optimista.

Con todos esos rumores de atrocidades circulando por el ala, ese día a Cleve le resultó sencillo pasar casi desapercibido. Él también tenía una historia que contar, pero, ¿quién se la iba a creer? Apenas se la creía él mismo. De hecho, varias veces a lo largo del día, al volver a recordar lo que había visto, se preguntó a sí mismo si estaría totalmente cuerdo. Pero ahora bien, ¿no es la cordura algo relativo?; lo que en una persona es locura en otra puede ser estrategia. Lo único que sabía con seguridad es que había visto cómo Billy Tait se transformaba. Se aferró a esa certeza con una tenacidad nacida del hecho de que se encontraba al borde de la desesperación. Si dejaba de creer en lo que veía con sus propios ojos, ya no tendría defensa alguna que le permitiera mantener a raya a la oscuridad.

Después de lavarse y desayunar, todos los reclusos de su ala fueron confinados a sus celdas; los talleres, las actividades recreativas y, en general, cualquier actividad que requiriera desplazarse por las galerías, fueron cancelados mientras se fotografiaba, registraba y a continuación se limpiaba la celda de Lowell. Billy se durmió después del desayuno, y pasó toda la mañana durmiendo, en un estado que, de tan profundo que era, más se parecía al coma que al sueño. Cuando se despertó a la hora de la comida, se mostró más animado y extrovertido de lo que Cleve lo había visto desde hacía varias semanas. Bajo su cháchara banal no se veía indicio

alguno que indicara que sabía lo que había sucedido la noche anterior. Por la tarde, Cleve se enfrentó a él con la verdad.

—Tú mataste a Lowell —le dijo.

No tenía sentido seguir intentando fingir ignorancia durante más tiempo; si el muchacho no se acordaba de lo que había hecho, seguro que lo recordaría con el tiempo. Y entonces, ¿cuánto tardaría en acordarse de que Cleve había presenciado su transformación? Era mejor confesar ya.

—Te vi —le dijo Cleve—. Te vi transformarte...

Billy no pareció inquietarse demasiado ante esas revelaciones.

—Sí —le contestó—. Yo maté a Lowell. ¿Acaso me lo echas en cara?

Aunque esa pregunta suscitaba muchísimas otras, fue formulada sin concederle mayor importancia, como si tan solo se tratara de un asunto sin demasiado interés.

—¿Qué es lo que te pasó? —le preguntó Cleve—. Te vi, allí. —Señaló hacia la litera inferior, horrorizado por el recuerdo—. No eras humano.

—No quería que me vieras —le contestó el muchacho—. ¿Acaso no te di las pastillas? No tenías que haberme espiado.

—Y la noche anterior... —continuó Cleve—. También estaba despierto.

El chico parpadeó como un pájaro aturdido, con la cabeza ligeramente ladeada.

—Te has comportado como un idiota —le dijo—. Y menudo idiota.

—Me guste o no, yo también estoy en esto —repuso Cleve—. Tengo sueños.

—Ah, sí. —Una arruga desfiguró la frente de porcelana—. Sí, soñaste con la ciudad, ¿verdad?

—¿Qué es ese lugar, Billy?

—He leído en algún sitio que «los muertos tienen autopistas». ¿Lo habías oído alguna vez? Pues bueno... también tienen ciudades.

—¿Los muertos? ¿Quieres decir que es una especie de ciudad fantasma?

—No quería mezclarte en esto. Te has portado conmigo mejor que la mayoría. Pero ya te lo advertí, he venido a Pentonville porque tenía un asunto que resolver.

—Con Tait.

—Eso es.

Cleve quería reírse; ¿qué es lo que le estaba contando?, una ciudad de los muertos... No era más que un disparate tras otro; sin embargo, su alterada razón no había descubierto una explicación más plausible.

—Mi abuelo asesinó a sus hijos —dijo Billy— porque no quería pasar su mal a la siguiente generación. Pero, ya ves, lo descubrió tarde. Para cuando se dio cuenta de que no era como la mayoría de los hombres, ya tenía mujer e hijos. Era especial. Pero él no quería las aptitudes que le habían sido concedidas; y no quería que sus hijos sobrevivieran con ese mismo poder corriéndoles por la sangre. Se hubiera suicidado, y terminado así el trabajo, si no llega a ser porque mi madre escapó. Antes de que pudiera encontrarla y matarla, lo arrestaron.

—Y lo ahorcaron. Y enterraron.

—Ahorcado y enterrado; pero no perdido. Nadie se pierde, Cleve. Nunca.

—Y tú viniste aquí buscándolo.

—No solo vine para buscarlo, sino para hacer que me ayude. Desde que tenía diez años he sabido de lo que era capaz. No de una manera totalmente consciente, pero sí que tenía una vaga idea. Y tenía miedo. Por supuesto que tenía miedo: era un misterio terrible.

—Esa mutación, ¿siempre has sido capaz de llevarla a cabo?

—No, tan solo sabía que podía hacerlo. Vine aquí para hacer que mi abuelo me enseñara, para que me mostrara la manera de hacerlo. Pero incluso ahora... —bajó la mirada hacia sus brazos enflaquecidos—, con él enseñándome... el dolor es casi insoportable.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

El muchacho miró a Cleve con incredulidad.

—Para no ser yo mismo, para ser humo y sombra. Para ser algo terrorífico. —Parecía sinceramente perplejo ante la displicencia de Cleve—. ¿Es que tú no harías lo mismo?

Cleve movió la cabeza negativamente.

—Eso en lo que te convertiste anoche era algo repulsivo.

Billy hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Eso es lo que pensaba mi abuelo. En el juicio se llamó a sí mismo abominación. Y no es que la gente supiera de qué estaba

hablando, pero eso es lo que dijo. Se puso de pie y dijo: «Yo soy las heces de Satán...». —Billy sonrió ante esa idea—. «Por el amor de Dios, colgadme y quemadme». Ha cambiado de opinión desde entonces. El siglo está envejeciendo y anquilosándose; necesita nuevas tribus. —Miró fijamente a Cleve—. No tengas miedo. No te haré daño a no ser que intentes ir por ahí contando cuentos. ¿Verdad que no lo vas a hacer?

—¿Qué es lo que podría contar que sonara medianamente cuerdo? —repuso Cleve mansamente—. No, no voy a ir contando cuentos.

—Estupendo. Y pronto yo ya no estaré aquí, y tú también te marcharás. Y lo olvidarás.

—Lo dudo.

—Incluso dejarás de tener sueños, cuando yo ya no esté aquí. Los compartes solo porque tienes unas ciertas dotes de médium. Confía en mí. No tienes nada que temer.

—La ciudad...

—¿Qué pasa con la ciudad?

—¿Dónde están sus habitantes? Nunca veo a nadie. No, eso no es del todo verdad. Vi a uno. Un hombre con un cuchillo... adentrándose en el desierto...

—No puedo ayudarte, yo mismo no soy más que un visitante. Lo único que sé es lo que me cuenta mi abuelo: que es una ciudad habitada por almas de muertos. Da igual lo que hayas visto allí; olvídalo. Ese no es tu lugar. Todavía no estás muerto.

¿Era sensato creer siempre en lo que cuentan los muertos? ¿Acaso la muerte les purgaba de toda falsedad, y les hacía llegar a su nuevo estado como si fueran santos? Cleve no podía creerse algo tan ingenuo. Era más probable que se llevasen con ellos sus habilidades, las positivas y las negativas, y las emplearan como mejor pudieran. Seguro que en el paraíso había zapateros; y era ridículo pensar que se hubieran olvidado de cómo coser el cuero.

Así que a lo mejor Edgar Tait había mentido acerca de la ciudad. Había muchas cosas relacionadas con ese lugar que Billy desconocía. ¿Qué pasaba con las voces en el viento? ¿Y el hombre que había dejado caer el cuchillo en medio de una pila de

armas antes de alejarse hacia solo Dios sabía dónde? ¿Qué ritual era ese?

Sin embargo, una vez agotado su miedo y sin una realidad impecable a la que aferrarse, Cleve ya no encontró ningún motivo para no ir a la ciudad de manera voluntaria. ¿Qué podía haber allí, en esas calles polvorientas, que pudiera ser peor que lo que había visto en la litera de debajo de él, o que lo que les había sucedido a Lowell y Nayler?

Frente a tales atrocidades, la ciudad era un refugio. En sus calles y plazas vacías reinaba la serenidad; cuando estaba allí, Cleve sentía como si toda la acción hubiera llegado a su fin, como si toda la furia y la angustia se hubieran aplacado; era como si los interiores de esas casas (con el agua corriendo en la bañera y los tazones llenos hasta el borde) hubieran sido testigos de las cosas más terribles, y lo único que quisieran ya fuera esperar pacientemente a que llegara el fin del milenio. Cuando esa noche se durmió y la ciudad se abrió ante él, Cleve no entró como un hombre atemorizado extraviado en un territorio hostil, sino como un visitante satisfecho de poder relajarse durante un rato en un lugar que conoce demasiado bien como para perderse él, pero no tan bien como para que le canse.

Como en respuesta a esa recién descubierta relajación, la ciudad le franqueó el paso. Mientras vagaba por las calles, con los pies cubiertos de sangre como siempre, se encontró con las puertas abiertas de par en par y las cortinas de las ventanas recorridas. No rechazó la invitación que le era ofrecida, sino que se acercó para mirar de más de cerca las casas y bloques. Al examinarlos más minuciosamente, descubrió que no eran los paradigmas de tranquilidad doméstica que en un principio le habían parecido ser. En cada uno de ellos descubrió indicios de actos violentos cometidos recientemente. En alguno, podía ser tan solo una silla volcada, o una marca en el suelo donde un pie había resbalado en una mancha de sangre; en otros, las señales eran más visibles. Un martillo, con manchas de sangre seca en la cabeza, que había sido abandonado encima de una mesa cubierta de periódicos. En una habitación, algunas tablas del piso habían sido arrancadas, y junto al agujero había unas bolsas negras, con un sospechoso brillo húmedo. En otra, un espejo había sido hecho añicos; y en una tercera, unos

dientes postizos habían sido abandonados junto a la chimenea en la que el fuego llameaba y chisporroteaba.

En todas ellas se había cometido algún asesinato. Las víctimas ya no estaban (a lo mejor se habían marchado a otras ciudades, llenas de niños masacrados y amigos asesinados) y habían dejado esos retablos fijos para siempre en los tensos momentos posteriores al crimen. Cleve caminó por las calles, el perfecto *voyeur*, mirando con detenimiento una escena detrás de otra, reconstruyendo en su imaginación las horas que habían precedido a la estudiada tranquilidad de cada una de las habitaciones. En una de ellas, había muerto un niño: su cuna estaba volcada; en otra, alguien había sido asesinado en su cama: la almohada estaba empapada de sangre, y el hacha, tirada sobre la alfombra. ¿Acaso la condenación eterna consistía en eso? ¿En que los asesinos eran obligados a pasar una parte de la eternidad, o tal vez toda ella, en la habitación en la que habían cometido sus crímenes?

De los propios malhechores no vio rastro alguno, aunque la lógica indicaba que debían de estar cerca. ¿Era posible que fueran capaces de volverse invisibles para evitar ser vistos por los ojos curiosos de los soñadores que, como él mismo, visitaban la ciudad? ¿O acaso tras pasar un tiempo en ese lugar inexistente se transformaban, dejaban de ser de carne y hueso y pasaban a convertirse en una parte de su celda: en una silla, en una muñeca de porcelana?

Entonces se acordó del hombre que había visto en las afueras de la ciudad, que había llegado vestido con su elegante traje y con las manos manchadas de sangre, y que había se había adentrado en el desierto. Él no era invisible.

—¿Dónde estás? —dijo, de pie en el umbral de un humilde cuarto; el horno estaba abierto y en el fregadero había diversos utensilios de cocina con el agua corriendo sobre ellos—. Deja que te vea.

Un movimiento atrajo su atención y dirigió la mirada hacia la puerta. Allí había un hombre. Cleve se dio cuenta de que había estado en ese lugar desde un principio, pero tan inmóvil, y tan perfectamente integrado en la habitación, que no había sido visible hasta que había movido los ojos para mirar en dirección a Cleve. Sintió una punzada de inquietud al pensar que era muy probable

que en todas las habitaciones que había examinado hubiera habido uno o más asesinos, todos ellos camuflados de forma similar gracias a su estatismo. El hombre, sabiendo que había sido descubierto, dejó de ocultarse. Era de mediana edad avanzada, y esa mañana al afeitarse se había cortado.

—¿Quién eres? —preguntó—. Te he visto antes. Caminando por aquí.

Hablaba queda y tristemente; Cleve pensó que no tenía pinta de asesino.

—Solo soy un visitante —le contestó.

—Aquí no hay visitantes —replicó el hombre—, solo futuros habitantes.

Cleve frunció el ceño, intentando descifrar qué es lo que quería decir el hombre; pero su mente onírica era torpe, y antes de que pudiera resolver el acertijo contenido en las palabras del hombre, este siguió hablando.

—¿Te conozco? —le preguntó el hombre—. Cada vez olvido más y más cosas. ¿Verdad que así no voy a conseguir nada? Si olvido nunca me marcharé, ¿no es así?

—¿Marchar? —repitió Cleve.

—Hacer un canje —le explicó el hombre, recolocándose el peluquín.

—¿E ir adónde?

—De vuelta. Otra vez.

Entonces atravesó la habitación acercándose a Cleve. Extendió las manos, con las palmas hacia arriba; estaban llenas de ampollas.

—Tú me puedes ayudar —dijo—, yo puedo llegar a un trato con los mejores.

—No te entiendo.

Era evidente que el hombre pensaba que le estaba engañando. Hizo una mueca con el labio superior, sobre el que había un bigote rizado y teñido de negro.

—Sí que me entiendes. Me entiendes perfectamente. Lo único que quieres es venderte, igual que todos. Al mejor postor, ¿no es así? ¿Qué eres? ¿Un asesino?

Cleve sacudió la cabeza.

—Solo estoy soñando —repuso.

El ataque de resentimiento del hombre se calmó.

—Hazme ese favor —le pidió—. Carezco de influencias, no como otros. Algunos llegan aquí y, pues eso, que en cuestión de horas ya vuelven a estar fuera. Son profesionales. Llegan a acuerdos. Pero yo... Lo mío fue un crimen pasional. No vine preparado, y tendré que estar aquí hasta que pueda hacer un trato. Por favor, hazme ese favor.

—No puedo ayudarte —repuso Cleve, sin estar siquiera seguro de qué es lo que le estaba pidiendo el hombre.

El asesino hizo un gesto de afirmación con la cabeza.

—Por supuesto que no. Ya me lo imaginaba...

Se apartó de Cleve y se dirigió hacia el horno. El calor que brotaba del mismo convertía la encimera en un espejismo. Sin prestar demasiada atención, apoyó una de sus manos llenas de ampollas sobre la puerta y la cerró; casi inmediatamente, la puerta se volvió a abrir con un chirrido

—¿Sabes lo apetitoso que es, el olor a carne cocinándose? —dijo, mientras volvía a acercarse a la puerta del horno e intentaba cerrarla por segunda vez—. ¿Acaso puede alguien echármelo en cara? ¿De verdad?

Cleve lo dejó con sus desvaríos; aunque tuvieran algún sentido era probable que no mereciera la pena esforzarse en encontrarlo. Esa charla sobre canjes y fugas de la ciudad escapaba a su comprensión.

Continuó vagando, cansado de escudriñar el interior de las casas. Ya había visto todo lo que quería ver. La mañana tenía que estar cerca, y entonces el timbre resonaría en la galería. Se le ocurrió que tal vez debiera despertarse por sus propios medios, y terminar por esa noche con la visita.

Justo cuando estaba pensando eso, vio a la niña. No tenía más de seis o siete años y estaba de pie en la siguiente intersección. Estaba claro que no podía ser una asesina. Echó a andar hacia ella. La niña, ya fuera por timidez o por algún otro motivo menos inocente, se giró hacia su derecha y salió corriendo. Cleve la siguió. Para cuando llegó a la intersección, ella ya se había alejado un buen trecho por la siguiente calle; volvió a ir tras ella. Tal como correspondía a una persecución onírica, las leyes de la física no se comportaban del mismo modo con el perseguidor y el perseguido. La niña parecía moverse sin demasiado esfuerzo,

mientras que Cleve tenía que luchar contra un aire espeso como la melaza. Sin embargo, no se dio por vencido, sino que siguió adelante, dispuesto a ir a donde lo llevara la niña. No tardó en encontrarse lejos de cualquier lugar conocido, en un laberinto de patios y callejones, todos ellos, supuso, escenarios de algún crimen. A diferencia de las calles principales, ese gueto tenía pocos lugares íntegros, lo que allí había no eran nada más que fragmentos de geografías: un arcén cubierto de hierba, más roja que verde; un cadalso, con una soga colgando; un montículo de tierra. Y de pronto, tan solo una pared.

La niña lo había conducido hasta un callejón sin salida; sin embargo, ella había desaparecido, dejándolo frente a un simple muro de ladrillo, bastante deteriorado, en el que había una angosta ventana. Se acercó: era evidente que lo habían llevado hasta allí para que viera eso. Miró a través del cristal reforzado, que por su lado estaba cubierto de excrementos de pájaros, y se encontró observando el interior de una de las celdas de Pentonville. El estómago le dio un vuelco. ¿Qué clase de juego era ese? ¿Acaso le habían sacado de su celda y lo habían llevado a esa ciudad onírica solo para volverlo a conducir al interior de la prisión? Sin embargo, tras observar durante unos cuantos segundos, se dio cuenta de que esa no era su celda. Era la de Lowell y Nayler. Las fotografías pegadas con celo a los ladrillos grises eran suyas, y suya era la sangre que cubría el suelo, la pared, la litera y la puerta. Se trataba de la escena de otro asesinato.

—Dios todopoderoso —murmuró—. Billy...

Se apartó del muro. En la arena que tenía a sus pies había lagartos apareándose; el viento que había conseguido llegar hasta ese apartado lugar había llevado hasta allí varias mariposas. Mientras las miraba bailar, sonó el timbre en el ala B, y ya era de día.

Se trataba de una trampa. Cleve no tenía nada claro cuál era el mecanismo, pero no tenía duda alguna sobre su objetivo. Billy iría a la ciudad, pronto. La celda en la que había cometido su crimen ya le estaba esperando, y de todos los lugares espantosos que Cleve había visto en esa colección de infiernos, la diminuta celda anegada de sangre era sin duda alguna el peor.

El muchacho no podía saber qué es lo que le tenían preparado; su abuelo le había mentido por omisión sobre la ciudad, al no contarle qué requisitos especiales se necesitaban para vivir en ese lugar. ¿Y por qué? Cleve recordó la confusa conversación que había mantenido con el hombre que estaba en la cocina. La charla sobre canjes, tratos, y la posibilidad de regresar. Edgar Tait lamentaba sus pecados, ¿no era así?; con el paso del tiempo, había decidido que él no era las heces del diablo, y que volver al mundo no sería una idea tan mala. En cierta manera, Billy era un instrumento para ese regreso.

—No le gustas a mi abuelo —le dijo Billy, cuando estaban de nuevo encerrados en la celda después de la comida.

Por segundo día consecutivo, todas las actividades recreativas y del taller habían sido canceladas, mientras se llevaba a cabo una investigación celda por celda en relación con las muertes de Lowell y de Nayler, fallecido a primera hora de ese día.

—¿No le gusto? ¿Y eso por qué? —le preguntó Cleve.

—Dice que eres demasiado curioso. Cuando estás en la ciudad.

Cleve estaba sentado en la litera superior; Billy, en la silla apoyada contra la pared de enfrente. Los ojos del muchacho estaban inyectados de sangre; un temblor ligero, pero constante, se había apoderado de su cuerpo.

—Vas a morir —le informó Cleve. ¿De qué manera se podía exponer ese hecho, sino lisa y llanamente?—. Lo vi... en la ciudad...

Billy sacudió la cabeza.

—A veces hablas como un chiflado. Mi abuelo dice que no debería confiar en ti.

—Lo que pasa es que me tiene miedo.

Billy se rió desdeñosamente. Era un sonido desagradable, y Cleve supuso que sería algo aprendido del abuelo Tait.

—Él no le tiene miedo a nadie —replicó Billy.

—Tiene miedo de lo que pueda ver. De lo que te pueda contar.

—No —repuso el muchacho con convicción absoluta.

—Te dijo que mataras a Lowell, ¿verdad?

Billy levantó la cabeza sobresaltado.

—¿Por qué dices eso?

—Tú no querías matarlo. A lo mejor asustarles un poco a los dos, pero no matarlos. Fue idea de tu entrañable abuelo.

—Nadie me dice lo que tengo que hacer —repuso Billy, con una mirada glacial—. Nadie.

—De acuerdo —admitió Cleve—, puede ser que te persuadiera, ¿eh?; te dije que era un asunto de orgullo familiar. ¿Fue algo así?

Era evidente que el comentario le había tocado un nervio sensible: los temblores habían aumentado.

—¿Y qué? ¿Qué pasa si lo hizo?

—He visto el sitio adonde vas a ir, Billy. Hay un lugar esperándote... —El muchacho clavó la mirada en Cleve, pero no intentó interrumpirlo—. Esa ciudad está habitada únicamente por asesinos, Billy. Ese es el motivo de que tu abuelo esté allí. Y si consigue encontrar a alguien que lo sustituya... si consigue salir al exterior y hacer que se cometa otro asesinato... será libre.

Billy se puso de pie, hecho una furia. En su rostro ya no quedaba ningún rastro del anterior desdén.

—¿Que quieres decir con «libre»?

—Que volverá al mundo. Volverá a este lugar.

—Estás mintiendo.

—Pregúntaselo.

—Él no me engañaría. Soy de su propia sangre.

—¿Acaso crees que le importa? Después de cincuenta años en ese lugar, esperando una oportunidad para largarse, ¿no crees que le traerá sin cuidado lo que tenga que hacer para conseguirlo?

—Le voy a decir cómo mientes... —repuso Billy. Su ira no se dirigía únicamente hacia Cleve; había un trasfondo de duda que estaba intentando reprimir—. Cuando mi abuelo se entere de cómo estás intentando malmeterme en su contra, eres hombre muerto. Tendrás que vértelas con él. Oh, sí, te las tendrás que ver con él. Y desejarás con toda tu alma haberlo podido evitar.

No parecía haber escapatoria. Incluso si Cleve lograba convencer a los responsables de la prisión de que lo sacaran de la celda antes de que cayera la noche (y lo iba a tener bastante difícil; tendría que desdecirse de todo lo que había contado sobre el chico, y explicarles que Billy era un loco peligroso, o algo parecido; pero de ninguna manera les podía contar la verdad), incluso si conseguía que lo trasladaran a otra celda, esa maniobra no le garantizaba la seguridad. El muchacho había

dicho que él era humo y sombra. No había puertas ni rejas que pudieran mantener a distancia algo así; el destino de Lowell y Nayler era la prueba fehaciente de eso. Y además Billy no estaba solo. No se podía olvidar a Edgar Saint Clair Tait, y cualquiera sabía qué poderes podía tener. Sin embargo, compartir la celda con el chico esa noche sería algo equivalente a un suicidio, ¿verdad? Él mismo se estaría poniendo en manos de las bestias.

Cuando salieron de las celdas para ir a cenar, Cleve buscó a Devlin, lo localizó, y le solicitó una breve entrevista, que le fue concedida. Después de la cena, Cleve se presentó ante el responsable de la galería.

—Me pidió que mantuviera vigilado a Billy Tait.

—¿Qué pasa con él?

Cleve había pensado mucho en qué es lo que le podía contar a Devlin para que este lo trasladara inmediatamente, pero no se le había ocurrido nada. Se interrumpió, confiando en que le llegara la inspiración, pero siguió sin saber qué decir.

—Yo... yo... quería solicitar que me cambiaran de celda.

—¿Por qué?

—El muchacho está trastornado —le explicó Cleve—. Tengo miedo de que me pueda hacer daño. Si tiene otro de sus ataques...

—Podrías dejarlo fuera de combate incluso con una mano atada a la espalda; el chico está en los huesos.

Llegado ese momento, si Cleve hubiera estado hablando con Mayflower, habría podido pedírselo como un favor personal. Con Devlin, ese tipo de táctica estaba condenada al fracaso desde un principio.

—No sé por qué te estás quejando. Billy se porta estupendamente —dijo Devlin, saboreando la parodia del padre indulgente—. Tranquilo, educado en todo momento. No supone un peligro ni para ti ni para nadie.

—Usted no le conoce...

—¿Qué estás intentando decirme?

—Póngame en la celda de aislamiento. Donde sea, me da igual. Pero aléjeme de él. ¡Por favor!

Devlin no contestó, tan solo clavó los ojos sobre Cleve, perplejo.

—Tienes miedo de él —dijo finalmente.

—Sí.

—¿Qué es lo que te pasa? Has compartido celda con tipos duros sin que jamás te hayas inmutado en lo más mínimo.

—Billy es distinto —repuso Cleve; poco más podía decir, excepto—: Está loco. Le digo que está loco.

—Todo el mundo está loco, excepto tú y yo, Smith. ¿Nunca lo habías oído? —Devlin se rió—. Vuelve a tu celda y deja de refunfuñar. No querrás un viajecito en el tren fantasma, ¿verdad que no?

Cuando Cleve volvió a la celda, Billy estaba escribiendo una carta. Sentado en su litera, enfrascado en el papel, tenía un aspecto de vulnerabilidad total. Lo que Devlin había dicho era cierto: el chico estaba en los huesos. Viendo la escalera que formaban sus vértebras y que se marcaba a través de la camiseta, costaba creer que esa frágil figura pudiera sobrevivir a las agonías de la transformación. Aunque claro, a lo mejor es que no iba a sobrevivir. Era posible que a la larga, los rigores del cambio fueran a acabar destrozándolo; pero eso no sucedería a tiempo.

—Billy...

El muchacho no apartó los ojos de la carta

—... Lo que dije, sobre la ciudad...

Billy dejó de escribir...

—Es posible que no fueran más que imaginaciones mías. Que todo fuera un sueño...

... y retomó la escritura

—Te lo dije solo porque tenía miedo por ti. Nada más. Quiero que seamos amigos...

Billy levantó la vista.

—No está en mis manos —le dijo con total franqueza—. Ya no. Depende del abuelo. Puede que sea clemente; y puede que no.

—¿Por qué se lo tienes que contar?

—Él sabe lo que hay dentro de mí. Él y yo... es como si fuéramos uno. Por eso sé que no me engañaría.

Pronto sería de noche; las luces se apagarían en toda la galería y llegarían las sombras.

—Así que lo único que puedo hacer es esperar, ¿es así? —le preguntó Cleve.

Billy hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Le llamaré, y entonces ya veremos.

¿*Lllamarle?*, pensó Cleve. ¿Acaso el viejo tenía que ser convocado todas las noches para que abandonara su lugar de descanso? ¿Era eso lo que le había visto hacer a Billy, de pie en medio de la celda, con los ojos cerrados y el rostro levantado hacia la ventana? Si eso era así, a lo mejor podía evitar que el muchacho invocara al muerto.

La tarde fue avanzando, con Cleve tendido en su litera analizando sus opciones. ¿Era mejor quedarse esperando y ver qué sentencia dictaba Tait o intentar tomar el control de la situación y bloquear la llegada del viejo? Si optaba por lo segundo, ya no habría vuelta atrás; no habría lugar para las súplicas ni para las disculpas: sin duda alguna, su agresividad engendraría más agresividad. Si fracasaba en su intento de evitar que el muchacho invocara a Tait, sería el final.

Las luces se apagaron. En muchas de las celdas a lo largo de las cinco galerías del ala B, los hombres estarían colocando sus cabezas sobre las almohadas. Es posible que algunos yacieran despiertos, planificando las carreras que pensaba desarrollar una vez pasado este pequeño contratiempo en sus vidas profesionales; otros estarían en brazos de sus amadas invisibles. Cleve escuchó los ruidos de la celda: el sonido del agua al avanzar por las cañerías, la respiración superficial que venía de la litera inferior. A veces tenía la impresión de que había vivido una segunda vida en esa almohada vieja, atrapado en la oscuridad.

La respiración de la litera inferior pronto se hizo casi inaudible; y a Billy tampoco se le oía moverse. Era posible que el muchacho no fuera a dar el primer paso hasta que Cleve se hubiera dormido. Si eso era así, el chico esperaría en vano. Cleve no pensaba cerrar los ojos y dejar que lo asesinaran mientras dormía. No era un cerdo al que llevan resignado al matadero.

Moviéndose con el mayor cuidado posible, para no levantar sospechas, Cleve se desabrochó el cinturón y lo deslizó por las trabillas del pantalón. Podría haber fabricado unas ataduras mejores rasgando las sábanas y la funda de la almohada, pero no podía hacerlo sin llamar la atención de Billy. Luego esperó, con el cinturón en la mano, y fingió dormir.

Esa noche agradeció que los ruidos del ala lo despertaran en cuanto se empezaba a adormilar, ya que pasaron dos horas enteras antes de que Billy se deslizara fuera de la litera, dos horas en las que, a pesar del miedo que sentía por lo que pudiera suceder si se quedaba dormido, a Cleve lo traicionaron sus párpados en tres o cuatro ocasiones. Sin embargo, esa noche había otros presos angustiados; las muertes de Lowell y Nayler habían puesto nerviosos hasta a los convictos más duros. Las horas se veían salpicadas por los gritos, y por las replicas de los que estaban despiertos. A pesar de la fatiga de sus extremidades, el sueño no venció a Cleve.

Cuando Billy se levantó por fin de la litera inferior, eran las doce bien pasadas, y la galería estaba casi en calma. Cleve oía la respiración del chico; ya no era acompasada, sino más bien un poco ahogada. Con los ojos reducidos a ranuras, observó cómo Billy atravesaba la celda para situarse a su lugar habitual delante de la ventana. No había duda de que estaba a punto de convocar al viejo.

Cuando Billy cerró los ojos, Cleve se incorporó, apartó la manta y se deslizó al suelo desde la litera. El muchacho tardó en reaccionar. Antes de que se hubiera dado cuenta de qué es lo que estaba sucediendo, Cleve ya había atravesado la celda y lo había empujado contra la pared, con la mano tapándole la boca.

—No, no lo vas a hacer —le dijo entre dientes—. Conmigo no va a ser como con Lowell.

Billy se debatió, pero físicamente Cleve era muy superior a él.

—Esta noche no va a venir —añadió Cleve, con la mirada clavada en los ojos que el muchacho tenía abiertos como platos— porque no vas a llamarle.

Billy luchó con más violencia intentando liberarse, mordiendo con fuerza contra la palma de su captor. Cleve retiró la mano de manera instintiva y, de dos zancadas, el muchacho se plantó en la ventana e intentó subirse a ella. En su garganta sonaba algo extraño parecido a una canción; y en su rostro había unas lágrimas repentinas e inexplicables. Cleve tiró de él para apartarlo de allí.

—¡Cierra el pico! —le dijo con brusquedad.

Sin embargo, el muchacho no dejó de hacer ese ruido. Cleve le pegó en la cara, con la mano abierta pero con fuerza.

—¡Cállate! —le ordenó.

Billy siguió negándose a interrumpir su canturreo; entonces la música pasó a adoptar un ritmo distinto. Cleve le golpeó de nuevo; y otra vez más; pero el ataque no consiguió silenciarlo. En el aire de la celda flotaba el murmullo de algo que estaba cambiando; una variación en su claroscuro. Las sombras se estaban moviendo.

El pánico se apoderó de Cleve. Sin previo aviso, cerró la mano y le dio un fuerte puñetazo en el estómago. Cuando Billy se dobló sobre sí mismo, su mandíbula recibió un *uppercut*. El golpe lanzó hacia atrás su cabeza, contra la pared, y su cráneo chocó contra los ladrillos. Las piernas de Billy cedieron, y el muchacho se desplomó. Un peso pluma, había pensado Cleve en una ocasión, y así era. Dos buenos puñetazos y ya estaba fuera de combate.

Cleve examinó la celda. Las sombras habían detenido su movimiento; sin embargo, seguían temblando, como galgos a la espera de ser soltados. Con el corazón latiéndole con fuerza, trasladó a Billy de vuelta a su litera y lo tumbó allí. El muchacho no daba muestras de estar recobrando el sentido y su cuerpo inerte siguió tumbado sobre el colchón mientras Cleve rasgaba la sábana y lo amordazaba, habiéndole metido antes una bola de tela en la boca para evitar que por detrás de la mordaza pudiera hacer algún ruido. A continuación, ató a Billy a la litera, utilizando para ello tanto su cinturón como el del chico, y añadiendo más ataduras improvisadas hechas con las sábanas rasgadas. Tardó varios minutos en terminar el trabajo. Mientras Cleve le estaba atando las piernas juntas, Billy empezó a despertarse. Los ojos se abrieron, llenos de desconcierto. Entonces, percatándose de cuál era la situación, empezó a sacudir la cabeza de un lado para otro; poco más podía hacer para manifestar su descontento.

—No, Billy —le murmuró Cleve, echando una manta por encima del cuerpo amarrado para ocultar la situación a cualquier guardia que pudiera mirar a través de la mirilla antes de que se hiciera de día—. Esta noche no lo vas a traer. Todo lo que te dije era cierto, chaval. Tu abuelo quiere salir, y te está utilizando para escapar. —Cleve agarró la cabeza de Billy, y apretó sus dedos contra las mejillas del muchacho—. Él no es tu amigo. Yo sí. Siempre lo he sido. —Billy sacudió la cabeza intentándose liberar de las manos de Cleve, pero no lo consiguió—. No malgastes las energías —le aconsejó Cleve—, va a ser una noche larga.

Dejó al muchacho en la litera, atravesó la celda hasta la pared y se deslizó por ella hasta quedarse en cuclillas, observando. Se quedaría despierto hasta el amanecer, y entonces, cuando ya hubiera un poco de luz, pensaría y decidiría su siguiente movimiento. Por el momento, se sentía satisfecho al ver que su ruda táctica había funcionado.

El muchacho ya había abandonado sus intentos de lucha; era evidente que se había dado cuenta de que estaba demasiado bien atado como para que consiguiera soltarse. Una cierta calma descendió sobre la celda: Cleve sentado en la zona iluminada por el haz que entraba por la ventana, el chico acostado en la penumbra de la litera inferior, respirando por la nariz de manera regular. Cleve miró su reloj. Eran las doce y cincuenta y cuatro. ¿A qué hora amanecería? No lo sabía. Faltarían cinco horas, como poco. Echó la cabeza hacia atrás, y fijó la mirada en la luz.

La luz lo hipnotizó. Los minutos pasaron lenta pero regularmente, y la luz siguió sin alterarse. De vez en cuando, un guardián pasaba por la galería, y Billy, al oír las pisadas, empezaba a forcejear de nuevo. Sin embargo, nadie miró dentro de la celda. Los dos prisioneros fueron abandonados a sus pensamientos; Cleve preguntándose si llegaría un día en el que se podría liberar de la sombra que tenía detrás de él, y Billy pensando en lo que quiera que piensen los monstruos maniatados. Y los minutos de la madrugada fueron transcurriendo con calma, minutos que se arrastraban como escolares aplicados, cada uno pisándole los talones al que le precedía, y cuando ya habían pasado sesenta, ese total era una hora. Y el amanecer ya se había aproximado ese lapso de tiempo. Aunque ahora bien, eso mismo habría hecho la muerte, y es de suponer que también el final del mundo: esas gloriosas trompetas del Juicio Final, del que con tanto entusiasmo había hablado el Obispo; ese momento en el que los muertos enterrados bajo el césped del exterior se levantarían tan frescos como el pan del día anterior e irían a reunirse con su Creador. Y sentado allí, contra la pared, escuchando respirar a Billy y observando la luz en el cristal y la que lo atravesaba, Cleve supo con total certeza que incluso si escapaba de esa trampa, se trataría tan solo de un respiro temporal; que esa larga noche, con sus minutos y horas, era un anticipo de una

vigilia más prolongada. Entonces estuvo a punto de caer en la desesperación; sintió cómo su alma se hundía en un agujero del que no parecía haber esperanzas de que fuera a ser rescatada. *Este es el mundo real*, se lamentó. *Sin alegría, sin luz, sin ilusión; tan solo esta espera sumido en la ignorancia, sin esperar nada, ni siquiera al miedo, puesto que el miedo solo les llega a aquellos que tienen sueños que perder.* El agujero era profundo y oscuro. Levantó la mirada hacia el exterior, hacia la luz que atravesaba la ventana, y una serie de espantosos pensamientos empezaron a pasarle por la cabeza. Se olvidó de la litera y del muchacho que yacía acostado en ella. Se olvidó del entumecimiento que se había apoderado de sus piernas. Con el tiempo, podría haber llegado a olvidar el sencillo acto de tomar aire, si no llega a ser por el olor a orina que lo arrancó de su fuga.

Miró hacia la litera. El muchacho estaba vaciando la vejiga, pero ese acto era en realidad un síntoma de algo totalmente distinto. Bajo la manta, el cuerpo de Billy se estaba retorciendo de mil maneras distintas que sus ataduras hubieran debido impedir. Cleve tardó unos instantes en quitarse de encima su letargo, y unos cuantos más en darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Billy se estaba transformando.

Cleve intentó incorporarse, pero había estado sentado tan inmóvil y durante tanto tiempo, que tenía dormidas las extremidades inferiores. Estuvo a punto de caerse de bruces en medio de la celda, y solo consiguió evitarlo alargando un brazo para agarrarse a la silla. Tenía los ojos clavados en la oscuridad de la litera inferior. La amplitud y complejidad de los movimientos estaba aumentando. La manta fue arrancada de su lugar. Bajo ella, el cuerpo de Billy ya resultaba irreconocible; se trataba del mismo proceso que ya había presenciado la vez anterior, pero a la inversa. La materia formando febriles nubes alrededor del cuerpo y solidificándose en formas atroces. Extremidades y órganos convertidos en algo indescriptible, dientes afilándose y colocándose en su lugar en una enorme cabeza que seguía hinchándose. Le rogó a Billy que se detuviera, pero cada vez que respiraba quedaba menos humanidad a la que apelar. La fuerza de la que el muchacho había carecido le había sido otorgada a la bestia; ya casi había roto la mayor parte de las ataduras, y entonces, mientras Cleve estaba mirando, consiguió

liberarse de la última, y se deslizó desde la litera hasta el suelo de la celda.

Cleve retrocedió hacia la puerta mientras estudiaba la transformada figura de Billy. Recordó el terror de su madre ante las tijeretas, y en esa anatomía vio algo que le recordó a esos insectos: la forma en la que la brillante espalda se doblaba sobre sí misma, exponiendo el revoltijo de miembros contoneantes que bordeaban el abdomen. Aparte de esa, ese cuerpo no permitía establecer ninguna otra analogía. La cabeza estaba plagada de lenguas, que lamían los ojos carentes de párpados y recorrían los dientes de un extremo a otro, humedeciéndolos y volviéndolos a humedecer a cada instante; de unos agujeros rezumantes situados a lo largo de los costados llegaba un hedor a cloaca. Pero incluso entonces, seguía habiendo un residuo de algo humano atrapado en esa inmundicia, y ese rumor solo servía para intensificar lo repugnante del conjunto. Al ver sus garras y púas, Cleve se acordó del creciente alarido de Lowell, y sintió una palpitación en la garganta, que estaba dispuesta a liberar un sonido igual que aquel en caso de que la bestia lo atacara.

Sin embargo, las intenciones de Billy eran otras. Avanzó hacia la ventana, con su horrible colección de extremidades, se encaramó hasta ella y apoyó la cabeza contra el cristal como si de una sanguijuela se tratara. Su canturreo ya no era el mismo que antes, pero Cleve no dudaba de que la invocación sí que era la misma. Se acercó a la puerta y empezó a aporrearla, confiando en que Billy estuviera demasiado distraído con su llamada como para emprenderla con él antes de que llegara la ayuda.

—¡Venid deprisa! ¡Por el amor de Dios! ¡Deprisa!

Gritó todo lo fuerte que su agotamiento le permitía, y en una ocasión miró por encima del hombro para ver si Billy iba a por él. No era el caso; seguía aferrado a la ventana, aunque su canturreo se había debilitado. Había logrado su propósito. La oscuridad reinaba en la celda.

Presas del pánico, Cleve se giró de nuevo hacia la puerta y siguió golpeándola. Alguien estaba corriendo por la galería; Cleve oía gritos e imprecaciones que venían de las otras celdas.

—¡Dios mío! ¡Ayudadme! —gritó.

Notó frío en la espalda. No necesitaba darse la vuelta para saber qué estaba ocurriendo detrás de él. La sombra estaba creciendo y la

pared disolviéndose para que la ciudad y su ocupante pudieran atravesarla. Tait estaba allí. Podía sentir la presencia del hombre, inmensa y sombría. Tait, el infanticida; Tait, la sombra; Tait, el transformista. Cleve golpeó la puerta hasta hacerse sangre en las manos. Las pisadas parecían llegar desde otro continente. ¿Estaba viniendo alguien? ¿Estaba viniendo alguien?

El frío que había notado detrás de él se convirtió en una ráfaga de aire. Vio cómo una fluctuante luz azul proyectaba su sombra sobre la puerta; olió la arena y la sangre.

Y entonces, llegó la voz. No la del chico, sino la de su abuelo, la de Edgar Saint Clair Tait. Ese era el hombre que había declarado ser las heces del diablo, y al oír la abominable voz, Cleve creyó tanto en el infierno como en su señor, creyó encontrarse ya en las entrañas de Satán, y estar siendo testigo de sus portentos.

—Es usted demasiado curioso —le dijo Edgar—. Ya es hora de que se vaya a la cama.

Cleve no quería volverse. Lo último que quería hacer era girarse y mirar a su interlocutor. Sin embargo, ya no era dueño de sus propios actos; los dedos de Tait habían penetrado en su cabeza y estaban hurgando en ella. Se dio media vuelta, y miró.

El ahorcado estaba en la celda. No era la bestia que Cleve había vislumbrado, aquel rostro pastoso lleno de huevos de mosca. Estaba allí, en persona; con ropas de otra época, pero con un cierto encanto. Tenía un rostro bien formado, con la frente amplia y la mirada resuelta. Todavía llevaba su alianza de boda en la mano con la que acariciaba la cabeza inclinada de Billy como si este fuera un perrito.

—Es hora de morir, señor Smith —le dijo.

Cleve oyó gritar a Devlin fuera, en la galería. No le quedaba aliento con el que responder. Pero, ¿estaba oyendo las llaves en la cerradura o se trataba de una ilusión creada por su mente para apaciguar su pánico?

El viento llenaba la diminuta celda. Volcó la silla y la mesa, y alzó por los aires las sábanas como si fueran fantasmas infantiles. Y entonces se llevó con él a Tait y al chico; los dos fueron aspirados de vuelta hacia el paisaje de la ciudad que se iba alejando.

—Venga ahora... —le pidió Tait, mientras su rostro se iba corrompiendo— le necesitamos, en cuerpo y alma. Venga con nosotros, señor Smith. No aceptaremos una negativa.

—¡No! —le contestó a gritos Cleve a su torturador. La succión tiraba de sus dedos y de sus globos oculares—. No iré...

Detrás de él, la puerta estaba siendo sacudida.

—¡No iré! ¿me ha oído?

De pronto, la puerta se abrió de golpe, y lo empujó hacia delante, hacia el interior del vórtice de niebla y polvo que estaba succionando a Tait y a su nieto. Estuvo a punto de acompañarles, pero una mano lo agarró por la camisa y lo arrastró de vuelta desde el borde, justo en el momento en que su conciencia claudicó.

En algún lugar lejano, Devlin empezó a reírse como una hiena. *Se ha vuelto loco*, fue la conclusión de Cleve; y la imagen evocada por su cada vez más confundida mente fue la del contenido del cerebro de Devlin escapando por su boca como una jauría de perros voladores.

Se despertó en sus sueños, y en la ciudad. Recordaba sus últimos instantes de conciencia: la histeria de Devlin, la mano deteniendo su caída y las dos figuras que eran succionadas delante de él. Al parecer, él las había seguido, incapaz de evitar que su mente comatosa volviera a hollar la acostumbrada ruta hasta la metrópoli de los asesinos. Sin embargo, Tait todavía no había triunfado. Cleve tan solo seguía soñando su presencia en ese lugar. Su cuerpo real continuaba estando en Pentonville; y esa sensación de descoyuntamiento impregnaba todos sus actos.

Escuchó el viento. Era tan elocuente como siempre: las voces iban de aquí para allá con cada ráfaga cargada de arena, pero nunca, ni siquiera cuando el viento amainaba hasta convertirse en un suspiro, se apagaban completamente. Mientras estaba escuchando, oyó un grito. En esa ciudad silenciosa, el sonido le sobresaltó; también asustó a las ratas, que abandonaron sus nidos, y a un grupo de pájaros, que se alzaron volando desde alguna plaza solitaria.

Sintiendo curiosidad, fue tras el sonido, cuyos ecos casi se podían rastrear en el aire. Mientras avanzaba a buen paso por las calles vacías, oyó alzarse más voces, y hombres y mujeres empezaron a aparecer en las puertas y ventanas de sus celdas. Una multitud de caras, sin nada en común entre unas y otras que pudiera confirmar las expectativas de un fisonomista. El asesinato

tenía tantos rostros distintos como crímenes se producían. La única característica que tenían en común era la aflicción, la desesperación después de esperar durante tanto tiempo en el lugar de su crimen. Les echó una ojeada al pasar, y esos rostros lo distrajerón de tal modo, que no se percató de hacia donde lo estaba llevando el grito hasta que se encontró de nuevo en el gueto al que la niña lo había conducido.

Entonces dobló una esquina y al final del callejón sin salida que ya conocía de su anterior visita al lugar (el muro, la ventana, la cámara sangrienta que había más allá) vio a Billy, retorciéndose en la arena a los pies de Tait. El chico era a medias él mismo y a medias la bestia en la que se había transformado delante de los ojos de Cleve. Su parte humana se convulsionaba intentando liberarse de la otra mitad, pero sin conseguirlo. En un momento dado, el cuerpo del chico afloraba, pálido y frágil, solo para ser subsumido inmediatamente en el flujo de la transformación. ¿Era un brazo eso que se estaba formando, y que desaparecía de nuevo antes de llegar a tener dedos? ¿Era eso un rostro intentando salir de esa morada de lenguas que era la cabeza de la bestia?

La visión desafiaba cualquier análisis. En cuanto Cleve se centraba en algún rasgo reconocible, este era tragado de nuevo.

Edgar Tait apartó la mirada de la lucha que se desarrollaba delante de él, y le mostró los dientes a Cleve. La exhibición podría haber despertado la envidia de cualquier tiburón.

—Dudó de mí, señor Smith... —dijo el monstruo—, y vino en busca de su celda.

Una boca apareció en esa masa confusa que había sobre la arena y dejó escapar un grito agudo, lleno de dolor y espanto.

—Ahora quiere alejarse de mí —continuó Tait—. Usted sembró la duda, y él debe sufrir las consecuencias. —Señaló a Cleve con un dedo tembloroso, y al hacerlo, su extremidad se transformó, la carne se convirtió en piel seca y amoratada—. Usted vino a un lugar en el que no era bien recibido; ahora observe el sufrimiento que ha causado.

Tait dio un puntapié a la cosa que tenía a sus pies, que se puso boca arriba, vomitando.

—Me necesita —añadió Tait—. ¿Es que no es capaz de entenderlo? Sin mí, está perdido.

Cleve no contestó al ahorcado, sino que en lugar de eso, se dirigió a la bestia que estaba sobre la arena.

—¿Billy? —le llamó, intentando sacar al muchacho de ese flujo de mutaciones.

—Está perdido —dijo Tait.

—Billy... —repitió Cleve—. Escúchame...

—Ya no va a regresar —le interrumpió Tait—. Esto no es más que su sueño; pero él está aquí, en carne y hueso.

—Billy —insistió Cleve—. ¿Me oyes? Soy yo, Cleve.

Pareció que durante un instante el muchacho dejaba de moverse, como si hubiera oído la llamada. Cleve continuó repitiendo el nombre de Billy una y otra vez.

Era una de las primeras cosas que los niños aprenden: su propio nombre. De existir algo con lo que se pudiera llegar hasta el chico, ese algo tenía que ser su propio nombre.

—Billy... Billy...

El cuerpo se giró sobre sí mismo ante esa palabra repetida una y otra vez.

Tait parecía inquieto. Ya no daba muestras de la confianza exhibida anteriormente. Su cuerpo estaba oscureciéndose y le estaban apareciendo bultos en la cabeza. Cleve intentó no mirar las sutiles alteraciones que estaba sufriendo esa anatomía para concentrarse en recuperar a Billy. La repetición de su nombre estaba dando sus frutos: la bestia estaba siendo doblegada. A cada momento que pasaba, el muchacho iba emergiendo más y más. Tenía un aspecto lastimoso: un saco de huesos sobre la arena negra. Sin embargo, su rostro ya casi estaba rehecho, y sus ojos estaban clavados sobre Cleve.

—¿Billy...?

El chico hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Tenía el pelo pegado a la frente por el sudor y sus extremidades se contraían espasmódicamente.

—¿Sabes dónde estás? ¿Y quién eres?

Al principio, el muchacho no pareció entenderle. Y entonces, poco a poco, el reconocimiento apareció en sus ojos, y con él llegó el miedo al hombre que estaba de pie junto a él.

Cleve levantó la vista hacia Tait. En los pocos segundos transcurridos desde la última vez que lo había mirado, de su cabeza y de la

parte superior de su torso habían desaparecido prácticamente todos sus rasgos humanos, y se habían puesto de manifiesto deformaciones mucho más profundas que las de su nieto. Billy lo miraba por encima de su hombro como un perro apaleado.

—¡Me perteneces! —articuló Tait a través de unas facciones que apenas eran capaces de hablar.

Billy, que estaba tendido boca abajo, vio cómo los brazos descendían para atraparle, y se incorporó para evitarlos, pero no fue lo suficientemente rápido. Cleve vio cómo la garra con púas del brazo de Tait rodeaba el cuello de Billy, y lo atraía hacia él. La sangre brotó de los cortes de la tráquea, acompañada por el silbido del aire que se escapaba.

Cleve gritó.

—Tú lugar está junto a mí—dijo Tait, y sus palabras degeneraron hasta resultar ininteligibles.

De pronto, el angosto callejón se empezó a llenar de claridad, mientras el chico, Tait y la ciudad iban empalideciendo. Cleve intentó agarrarlos, pero se le escapaban; y su lugar fue ocupado por otra realidad más palpable: una luz, una cara (caras) y una voz que lo llamaba para que abandonara ese mundo absurdo y entrara en otro igualmente absurdo.

La mano del médico estaba sobre su rostro. Estaba húmeda.

—¿Se puede saber qué estaba soñando? —le preguntó el muy idiota.

Billy había desaparecido.

De todos los misterios a los que tuvo que enfrentarse el director de la prisión (y Devlin, y los otros funcionarios que entraron en la celda B.3.20 esa noche), la completa desaparición de William Tait de una celda en la que no había agujero alguno, fue el más desconcertante. De la visión que había hecho que Devlin se pusiera a reír como un lunático, no se dijo nada; era más fácil creer en algún tipo de ilusión colectiva que creer que lo que habían visto era una realidad objetiva. Cuando Cleve intentó poner en palabras los sucesos de la noche, y de las muchas noches que la habían precedido, su monólogo, interrumpido con frecuencia por sus lágrimas y silencios, fue recibido con comprensión fingida y

miradas de reojo. A pesar de ello, contó la historia completa varias veces, a pesar de la condescendencia con que era recibida; y ellos, sin duda alguna buscando en sus ficciones de lunático alguna pista sobre cómo Billy había podido ejecutar su número de Houdini, escucharon con atención cada una de sus palabras. Cuando entre sus historias no encontraron nada que les permitiera avanzar en sus investigaciones, empezaron a perder la paciencia con él. Los ánimos fueron sustituidos por amenazas, mientras le preguntaban repetidamente, y en voz cada vez más alta, adónde se había marchado Billy. Y Cleve les contestaba de la única manera que podía responder.

—A la ciudad, puesto que es un asesino.

—¿Y su cuerpo? —le preguntó el director de la prisión—. ¿Dónde crees que está su cuerpo?

Cleve no lo sabía, y así lo dijo. No fue hasta mucho más tarde, de hecho, cuatro días más tarde, cuando estando de pie junto a la ventana, observando al grupo de reclusos dedicados a los trabajos de jardinería que estaban trasladando de un ala a otra las plantas que iban a ser sembradas esa primavera, se acordó de la extensión de césped.

Buscó a Mayflower, que había vuelto al ala B en sustitución de Devlin, y le contó lo que se le había ocurrido.

—Está en la tumba —le dijo—. Con su abuelo. Humo y sombra.

Desenterraron el ataúd al amparo de la noche, protegidos por una complicada estructura de postes y toldos erigida para esconder los trabajos de las miradas indiscretas, con varias linternas, brillantes como la luz del día pero no tan cálidas, alumbrando en su tarea a los hombres que se habían ofrecido para formar parte del equipo de exhumación. La solución de Cleve al enigma de la desaparición de Tait había sido recibida con perplejidad por parte de casi todos, pero ninguna explicación, por absurda que pudiera parecer, estaba siendo pasada por alto ante un misterio tan recalcitrante. Así que se reunieron en la tumba sin nombre para remover la tierra que parecía llevar cinco décadas sin ser perturbada: el director de la prisión, unos cuantos funcionarios del Ministerio de Interior, un patólogo y Devlin. Uno de los médicos, pensando que Cleve podría ser sacado de su morboso error con más facilidad si veía lo que contenía el ataúd y así comprobaba su error con sus propios ojos,

convenció al director de que Cleve también tenía que estar entre los espectadores.

Entre las paredes del ataúd de Edgar Saint Clair Tait había poco que Cleve no hubiera visto antes. El cadáver del asesino, que había regresado al féretro (¿tal vez convertido en humo?), ni totalmente bestia ni totalmente humano, preservado sin descomponerse, en el mismo estado del día de su ejecución, tal como el Obispo había asegurado que ocurría, compartía el ataúd con Billy Tait, que yacía desnudo como un bebé, abrazado por su abuelo. Los mutados brazos de Edgar seguían rodeando el cuello de Billy, y la sangre seca oscurecía las paredes del féretro. Sin embargo, el rostro del chico no había sido mancillado.

—Parece un muñeco —señaló uno de los médicos.

Cleve quiso replicarle que ningún muñeco tenía esas marcas de lágrimas en las mejillas, ni esa desesperación en los ojos, pero sus pensamientos se negaron a convertirse en palabras.

Cleve fue puesto en libertad y abandonó Pentonville tres semanas después, tras una petición especial a la Junta de Libertad Condicional y habiendo cumplido únicamente dos tercios de su sentencia. Medio año más tarde, ya había vuelto a la única profesión que había conocido en su vida. Cualquier esperanza que pudiera haber albergado de liberarse de sus sueños resultó efímera. El lugar seguía estando con él; no tan claro ni tan accesible como antes de que se marchara Billy, que había sido quien había abierto la puerta, pero sin dejar de ser algo fuertemente aterrador, cuya persistente presencia dejaba exhausto a Cleve.

En ocasiones, los sueños casi desaparecían por completo, pero solo para regresar con una fuerza terrible. Cleve tardó varios meses en comprender las pautas a las que se ajustaban esas oscilaciones. Era la gente quien traía los sueños. Cuando pasaba un cierto tiempo en compañía de alguien que albergaba intenciones asesinas, la ciudad regresaba. Y esas personas no eran tan escasas. Al irse volviendo más sensible a esa veta letal que había en los que lo rodeaban, llegó un momento en que se encontró con que casi no podía andar por la calle. Estaban por todas partes, esos asesinos en potencia; personas vestidas elegantemente y de rostro risueño, que

transitaban por las aceras especulando, mientras caminaban, con la muerte de sus empleados o de sus esposas, de las estrellas de las telenovelas o de los sastres incompetentes. El asesinato anidaba en la mente de la raza humana y él ya no podía soportar esos pensamientos.

Tan solo la heroína le proporcionaba un cierto alivio frente a la pesada carga de las experiencias que había vivido. Nunca antes se había inyectado heroína con frecuencia, pero pronto eso se convirtió en el centro de su vida. Sin embargo, era una adicción cara, y con su cada vez más reducido círculo de contactos profesionales, apenas podía confiar en poder financiársela. Fue un hombre llamado Grimm, un adicto tan desesperado por evitar la realidad que se colocaba incluso con leche fermentada, quien le propuso a Cleve la posibilidad de trabajar para ganarse un sueldo acorde con sus apetencias. Parecía una buena idea. Se organizó una reunión y se le hizo una propuesta. El trabajo iba a pagarse tan bien que un hombre necesitado de dinero no podía rechazarlo. Y el trabajo, como no, era un asesinato.

«En este lugar no hay visitantes, solo futuros habitantes», le habían dicho en una ocasión, aunque ya no recordaba bien quién había sido, y Cleve creía en las profecías. Si no asesinaba entonces, el que lo hiciera solo sería cuestión de tiempo.

Sin embargo, aunque los detalles del asesinato que cometió le resultaron terriblemente familiares, no había contado con el cúmulo de circunstancias que le hicieron acabar huyendo descalzo de la escena del crimen, corriendo tan rápido por la acera y la calzada, que para cuando la policía lo acorraló y lo abatió a tiros, sus pies ya estaban cubiertos de sangre, preparado por fin para hollar las calles de la ciudad, exactamente como había hecho en sus sueños.

La habitación donde había cometido su asesinato lo estaba esperando, y durante varios meses vivió en ella, ocultándose de cualquiera que apareciera por la calle. (Dio por hecho que en ese lugar transcurría el tiempo por la barba que le había crecido, aunque rara vez dormía, y nunca se hacía de día.) Sin embargo, pasado un tiempo, desafió al viento frío y a las mariposas y fue hasta la frontera de la ciudad, donde las casas se acababan y el desierto tomaba el relevo. No fue para ver las dunas, sino para

escuchar las voces que llegaban incesantemente, a veces más fuertes y a veces más débiles, semejantes a aullidos de chacales y a alaridos de niños.

Se quedó allí durante un largo rato, y el viento conspiró con el desierto para enterrarlo. Sin embargo, Cleve no se sintió decepcionado con el resultado de su vela. Durante un día (o un año), vio cómo un hombre se acercaba hasta ese lugar, dejaba caer una pistola sobre la arena, y luego se adentraba en el desierto, donde, poco después, se reunió con los dueños de las voces, que acudieron corriendo desenfrenadamente, bailando sobre sus muletas. Lo rodearon, riendo. Él se fue con ellos, también riendo. Y aunque la distancia y el viento difuminaban la escena, Cleve tuvo la certeza de que había visto cómo uno de los participantes en la celebración levantaba al hombre, y se lo ponía sobre los hombros convertido en un niño, y cómo luego le era arrebatado por otros brazos siendo ya un bebé, hasta que, ya en el límite de sus sentidos, oyó berrear al hombre cuando volvió a nacer a la vida. Cleve se marchó contento, sabiendo por fin cómo el pecado (y él mismo) habían llegado al mundo.